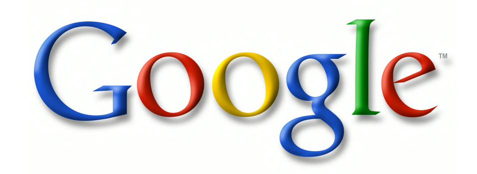
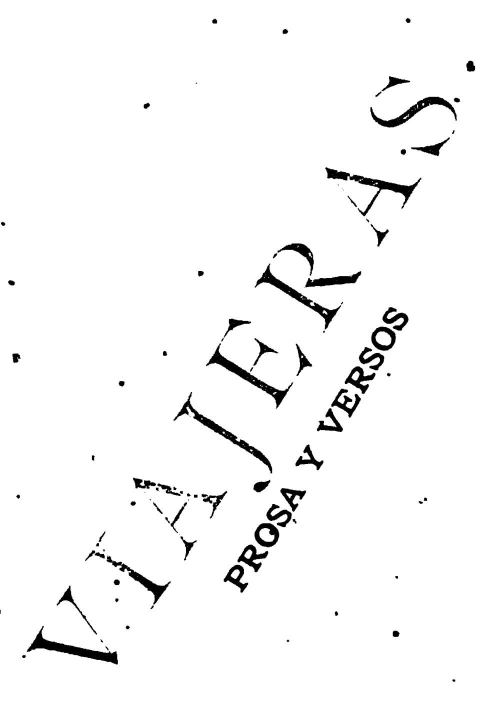

Google

Miguel Eduardo Pardo



CARACAS

TIP. GUTENBERG, [illegible] SOCIEDAD A TRAPOSOS N. [illegible]

1892



Miguel Eduardo Pardo

Miguel Eduardo Pardo



CARACAS

Tip Guttenberg—Sociedad á Traposos N. 2

1892

~~F2307~~
~~P32~~

Grooti pl



A MANERA DE PRÓLOGO



De aquella tertulia que solía organizarse el sábado de cada semana en la Redacción de *El Fígaro*, (1) nació este pobre libro. Y como quiera que esa expléndida juventud anda en pleno florecimiento de ideales y concurre á todos los círculos, desde la aristocrática recepción de Palacio, hasta el heterogeneo baile del Casino, encuentra singular placer en apostarse allí, en la entablada oficina del periódico, á comentar alegremente los sucesos de todo género; allí se analiza en charla amena el último estreno; el asalto de la Sala de Armas; el percance jocoso de una corrida; la acción heróica de un bombero; el duelo trágico, nacido en el Louvre y hasta la broma gentil fluye de los labios del menos asustadizo, con propósito de no acusarlo como pecado capital en «el último arreglo de cuentas»,

(1) Periódico ilustrado de la Habana, del cual es director nuestro muy querido amigo D. Manuel S. Pichardo.

y convencido, por el momento, de que en caso de tomarlo alguien como cuestión de honor, no había de llegar la sangre al río.

No obstante el menudeo de chistes y agudezas, la conversación tiraba de contínuo á literatura, y un día, por consecuencia lógica surgió la idea de publicar libros ó folletos conteniendo nuestros trabajos inéditos.

Yo no se la suerte que corrió la hermosa idea, pero confieso que á mi se me subió á la cabeza y empezó á espumearme como un vaso de vino cargado en el cerebro de un débil; y como en punto á terquedad nadie me gana, puse afán de temerario en mi obra; Mas, la suerte tomó á empeño fastidiarme y cuando distraído me hallaba en organizar papeles, trasmitió súbito, por todos sus nervios de alambres, el telégrafo, aquel grito de guerra que ondulaba estrepitosamente por todos los montes y llanuras de mi patria....

Huelga decir el modo violento con que hice el baúl; arrojé el libro inédito en el fondo de la maleta de viaje y me trasladé á otro país, porque una montaña de dolor empezó á gravitar sobre mi espíritu.

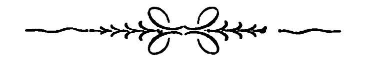
Poco tiempo después llegué al caro suelo de los míos con una oleada de recuerdos todavía palpitante; con ese vago hormigueo de sombras que levanta en la imaginación la nostalgia del país ageno, donde se quedaron, como en casa propia, girones de mi pensamiento y de mi alma. De ahí que los más de mis escritos despidan

olor de tierra extraña; de ahí que nacieran precipitadamente en los rincones del hotel, en las cámaras del buque, en las plataformas de los wagones y hasta en los empolvados asientos de una diligencia, oyendo los chicotazos del auriga.

De ahí que los llame: VIAJERAS.... porque fueron hechos, como al esfumino, en las amarillas márgenes del periódico, en las hojas rucias del libro de lectura, oficiando de arenilla el polvo de la carretera ó la lluvia de carbón que sopla al respirar la máquina del tren. Viajeras, sí, fugitivas, inconclusas, gastando el traje de confianza del diario callejero; por èso sirven más al papel crudo del pregón, que al satinado del libro; por eso ufánome que se hayan perdido muchas en las correrías de los viajes: Revistas, Apuntaciones, Croquis, en revuelta confusión se fugaron de la maleta de trapo: lo que resta, es decir, el desperdicio, la hez, pero hez y desperdicio amados, forman este libro enclenque, que va á demandar el cariño de las manos que lo hojeen y la indulguencia de los ojos que han de contemplar su mal vestir, su despreocupada *toilette.*

MIGUEL EDUARDO PARDO.

Caracas: Noviembre de 1892.



UNA EXPICACIÓN NECESARIA

Traicionando las más profundas convicciones literarias, nos imponemos un cruelísimo deber al suprimir aquellos trabajos, que los timoratos reprochan, empeñándose en ver peligros, donde quiera que una lícita independencia rompe los limbos de la rutina. Esa hartura de miedo, ese incomprensible espanto que produce el estudio fisiológico en muchas personas, nos despoja, hasta cierto punto, de algunas satisfacciones íntimas, que no tenemos la hipocresía de ocultar, como otros autores. Aquellos y otros son motivos sobradamente poderosos, para excluir de este libro un regular número de escritos que, ni aún encerrados en el más prudente logogrifo se escaparían á la crítica de inexorables censores.

Está demás otra explicación que lleve al ánimo del lector las razones por qué el humilde volumen que soñamos, resulta ahora, más que humilde, enclenque, como dijimos en el prefacio. La culpa no es sólo nuestra.....

EL AUTOR.

EL GRAN TEATRO TACON

El tiempo pasa, las sociedades se complican, la conciencia al fin grita á las puertas del error, y el que apareció momentáneamente como bienhechor de un pueblo, resulta desacreditado Financiero con sus mil formas de industria, complicado con impuestos, con tratados y con fraudes que produjeron fortunas cuasi inverosímiles por lo escandalosas. Tal sucedió con los grandes paseos y los grandes teatros y las fastuosas basílicas de Caracas.

Nuestro Teatro Municipal costó más caro que Tacón y es menos sólido y menos capaz que éste; podíamos tener el primer Teatro de América en esa plazoleta de San Pablo, y sólo contamos con un edificio sordo, con estatuas de yeso y cuadros de pinturas sin valor

Y cuenta que no fué por vía de halago estúpido, como aconteció con el nuestro, que se bautizó al más amplio Coliseo de la Habana, al apellidarlo con el nombre del para entonces Capitán General de la Isla. Se quería esclarecer, perpetuar una memoria, y, verdadero milagro de pujanza se elevó sobre robustos cimientos el Gran Teatro: Tacón!

A sus pórticos se detiene el ánimo suspenso; el corazón se replega y el recuerdo se arrodilla, porque han penetrado á través de los tiempos, y osan encontrarse con una pléyade de genios y de artistas que respiraron la atmósfera de sus bambalinas al desfilar por aquel histórico escenario. Y viene á la memoria, por modo súbito, Cocquelin, que estereotipó su formidable risa de bufón en los repechos de sus palcos; Valero, que hizo temblar su amplia bóveda con sus carcajadas de Titán; y

Salvini, que movió á espanto, rugiendo como león en el tétrico Otello. Allí parece que flota aún, como una vena de perfume el hálito de amor de la Judic; que rueda el llamante torbellino de gorgeos de la Nevada; que vibra la frase epiléptica de Sarah Bernhard. Y es una procesión de veteranos de la gloria, los que van pasando á la vista, desde Tamberlik hasta Aramburo; desde Gostchalk hasta Díaz Arbertini, todos eminencias, todos inmortales que á su turno grabaron memoriosa huella en los arcos de ese templo.

No obstante ser el Teatro de enérgica construcción, el elegante Hotel Inglaterra que se ve á su izquierda amengua en mucho el edificio, escaso de arte por el frente, igual que sus tres entradas cobijadas por famosos arcos de piedra: el peristilo mismo, apesar de lo espacioso deja mucho que desear: únicamente cuando se penetra en la hermosísima y amplia sala es que se da uno cuenta de hallarse en el tan celebrado Coliseo. ¡ Qué golpe de vista más hermoso! Si es verdad que el vestíbulo es triste y el telón principal no vale un cuarto, también se puede asegurar que la impresión es agradabilísima después de franquear la última saleta.

Si el cincel no realizó allí bellezas ni la pintura maravillas, el arte lírico y dramático tiene en él su verdadero templo.

¡ Una sinfonía de piedra, que dijo Victor Hugo de «Notre Dame»!

Iluminado por todos sus quemadores de gas, en noche de función es un portento. Precisa descubrirse, porque reclaman ceremoniosa reverencia la aristocrática matrona y la gentil doncella cubanas: ¡ un universo de mujeres adorables! Allí se puede ver la Habana elegante en todo su esplendor. Los cinco pisos cargados de gente semejan una góndola colosal. * El crugido de las sedas, el ric-rac de los abanicos, el murmurio incesante de la conversación, el apagado pisar de los que entran, el saludar continuo en todas partes, los grupos de hombres en los vestíbulos cruzando en diferentes direcciones, forman como zumbido de rara y gigantezca colmena, y se entra allí con ese involuntario azoramiento que producen los grandes espectáculos, aún á los viajeros más prácticos.

El piso de «la tertulia,» lo frecuentan aquellas familias de la clase media y algunas distinguidas, que su posición

---

* Tacón tiene cinco pisos, á saber: tres de palcos, uno de tertulia, uno de cazuela ó paraíso y un hermosísimo centro de lunetas. Suprimo detalles minuciosos, como descripción de patio, pasillos, etc., para no fatigar al lector.

no les permite cambiar de trajes lujosos y gastar costosas alhajas.

Nada extraño es ver á los hombres, olvidados de la representación, con los gemelos fijos en la tertulia. ¡ Se ve allí cada trigueña ! . . .

Harto famosa es aquella temporada en que se reunieron en los aposentos de ese escenario y en una sola compañía nueve tiples de zarzuela que, se disputaban el triunfo de la soberanía artística. En justicia, lo alcanzó Pilar Quesada, . . . cuando la Quesada era una buena artista.

En la hermosa sala de Tacón se acostumbra dar grandes bailes, y para el caso el piso de las lunetas se pone al nivel del piso escénico: resulta entonces amplio, inmenso, brillante con seis focos de luz eléctrica, que se colocan para el caso. Por eso cuando se sitúa uno en las puertas de salida con objeto de ver pasar las señoras, se cansa el más decidido de estar allí, de pie, esperando que desfile todo aquel ejército de damas. Queda entonces el Teatro vacío, triste , silencioso como un Olimpo sin diosas. Hay que contemplarlo así, en toda la plenitud de su hermosura, y hay que hacer justicia á la nación que se enorgullece de su templo histórico, porque todos los pueblos cifran su vanidad más ó menos legítima, en una columnata antigua, en una piedra desnuda, en cualquier objeto que le recuerde su pasado de opulencia ó de amargura : Atenas reverencia su Parthenon ; Egipto, sus murallas, sus obeliscos ; Roma su Coliseo y su Basílica ; Madrid su Escorial ; la Habana reverencia á Tacón, que con ser Teatro es un templo, un santuario del arte, legítimo envanecimiento de sus zozobras y sus triunfos.

Habana : 1891.





LA GUITARRA

A MI AMIGO MIGUEL I. LEICIBABAZA

Dormido en los trastes de una guitarra hay un mártir anónimo, un espíritu trágico, uno como Virgilio enfermo que nos trasmite su extraña neurosis, que nos hace poetas. No hablo de la guitarra que prostituye el rufián en la orgía; que encanallese el músico de oficio en la verbena; que viste de harapos de cintas el cancionero de la charca: hablo de esa guitarra que tañe el bardo campesino, allá, bajo los árboles del bosque: á sus vibraciones se pone ebria de vida la naturaleza, los nidos palpitan; las flores se desmayan y la montaña nutrida de armonías parece que tiene sonoridades de alma; hablo de la guitarra que ampárase bajo las alas azules de la noche silenciosa y va al pié de la reja, á traducir encarnaciones de amarguras, á llenar el espacio de himnos lánguidos, á despertar remembranzas que se querían dormir en alguna parte del corazón de su dueño; hablo, en fin, de esa guitarra que se corona de pámpanos y flores para presidir la fiesta de la boda sevillana, de la que ensaya coplas tiernas á modo de epitalamios; de la que modula sones mágicos, de la que trastea maravillosamente el «cantaor» al compás de la castañuelas que corean las palmadas, porque baila la jota una doncella que gasta bordado pañolón de Manila.

¡ Esa es la guitarra ! La de la feria bulliciosa; la del lamento en el campo; la del amor en la verja; la del infortunio en la celda del preso . . .

Ah! yo escuché sus ritmos escalar dolorosamente los muros agrietados del calabozo, desafiando las sombras del silencio con sus gritos de pena y de venganza, gritos que, luego oí perderse en la oscuridad, como de náufragos en la inmensidad del océano. La he oído en ese balconcete de mi vecina, casi ahogada en un *pianísimo* murmurio,—cual si quisiera ocultar á los mortales su rumor de lágrimas. Y allí, echado de bruces en la ventana, me he quedado atónito sintiendo que aquellas ráfagas de melodías y de sollozos se me iban trasmitiendo lentamente por todas las arterias del pecho y me entraba frío de pena en el alma.

La he visto como forcejeando á la opresión de una mano, retorcerse, doblarse y estallar en risa alegre en el fantástico escenario de un baile de hadas, y al desgranarse su puñado de falsetas me pareció que brotaba atropelladamente de su seno un grupo de suspiros. Al hablar de este escenario, no puedo evitar que surja, como evocada por mágica varilla, la airosa figura de Curra Alegría, que arqueando el cincelado busto, en medio de un tropel de notas encendidas, ataca á plena garganta el ay! de sus coplas que suenan como latidos de campana de cristal: la garganta de Curra es un nido de ruiseñores y canarios.

Por eso, aún á través de la «juerga» y del «jaleo» adivino el espíritu enfermo de la guitarra; no la resisto con brotes histéricos ni truenos de fanfarría, como no concibo la lira del poeta con risotadas de meretriz de calleja. La lira de Lamartine no ríe y toca el alma; la bandola de Aristofanes estalla sobre los tablados del teatro ateniense y el espíritu se encoje de pesar. La guitarra no hace muecas de bufonería salvaje, ni tiene convulsiones de epiléptica, ni se espatarra sobre los colchones hediondos del suburbio; porque no conoce á Rabelais, bufón, ni á Tolstöi psicólogo, ni á Zola cruel. Las notas de la guitarra son regularmente símbolos de amor y el amor llora; á traves de los siglos se traduce el llanto de amor de los Griegos por sus crótalos; el de los romanos por sus pífanos; el de españoles por sus guitarras ó vihuelas: cada vez que las oigo registran acuden á mí memoria presurosos y envueltos en lentejuelas, flores y bordados, los chulos, las manolas, la botella de manzanilla, el sombrero calañés, y la moña del torero!

Habana: febrero de 1892.

SALVADOR DIAZ MIRON

—Es un calavera del que no puede sacarse partido alguno—gritaba el padre de Mirabeau en un rapto de coraje, en aquellos días en que andaba *el hijo pródigo* abrumado de deudas y peleado con la aristocracia francesa. De igual suerte debió exclamar el padre de Díaz Mirón cuando supo de los desafíos y proezas del exaltado poeta. Y es fama que nunca rehusó disputa ni esquivó lance que se le antojara de honor, aunque supiera que en él le iba el escándalo muy cerca, ó muy cerca le andaba la muerte acechando. De temprano tuvo reputación de valiente y adquirió prestigio de talentoso.

Ha tiempo que no sabemos de Díaz Mirón * Si reapareciese contrito y arrepentido ó hecho ya á la austeridad, en vía de juicio, nos causaría pena. Lo decimos formalmente: nos dan placer estos temperamentos irrefrenables que sólo obedecen á las explosiones de sus almas de fuego. ¡Ojalá se le entre tarde el reposo en el ánimo y la calma en el carácter!

De ahí el que ninguno de la lírica mejicana le sobrepuje en genio. Ha comprendido *la verdadera misión* de la poesía y profesa el apostolado en grande. Es grande

* Años después de publicado en el extranjero este trabajo, leímos en los periódicos de Méjico que el poeta había tenido un desagradable lance personal, y aunque se empeñan en llamarlo culpable, nosotros no hemos variado una palabra de lo escrito entonces.

en todo.—«El mar es como tú»—le dice Gutiérrez Nájera:

> Refleja el cielo cuando está dormido
> y en sus momentos de furor lo escala . . .

Parece que una vez se le quejó tanto la novia de sus excesos y desórdenes, que escribió osadamente las siguientes estrofas:

No intentes convencerme de torpeza
con los dilirios de tu mente loca:
mi razón es al par luz y firmeza,
firmeza y luz como el cristal de roca.

. . . .

Fiado en el instinto que me empuja
Desprecio los peligros que señalas:
El ave canta aunque la rama cruja,
¡ Cómo que sabe lo que son sus alas !

. . . .

Deja que me persigan los abyectos,
Quiero atraer la envidia aunque me abrume:
La flor en que se posan los insectos
Es rica de matiz y de perfume.

El mar es el teatro en cuyo foro
La virtud, esa trágica, descuella,
Es la sílaba de palabra de oro
La sombra que hace resaltar la estrella.

¡ Alumbrar es arder ! Astro encendido
Será el fuego voraz que me consuma:
La perla brota del molusco herido
Y Vénus nace de la amarga espuma.

Los claros timbres de que estoy ufano
Han de salir de la calumnia ilesos:
Hay plumajes que cruzan el pantano
Y no se manchan . . . mi plumaje es de esos !

Fuerza es que sufra mi pasión. La palma
Crece en la orilla que el oleaje azota:
El mérito es el náufrago del alma
Vivo se hunde; pero muerto flota.

¡ Depón el ceño y que tu voz me arrulle,
Consuela el corazón del que te ama;
Dios dijo al agua del torrente: bulle !
Y al lirio de la margen: embalsama !

Confórmate, mujer. Hemos venido
A este valle de lágrimas—que abate—
Tú, como la paloma, para el nido
Y yo, como el león, para el combate!

Esto es ser poeta; y el que ambicionando deslumbrar no tenga alientos tales, no debe escribir versos. Por otra parte, la poética debe sufrir una transformación completa toda vez que es tan difícil conmover el corazón en este siglo con los mismos cantos, los mismos gritos y las mismas quejas de los poetas antiguos. La novedad de la forma y la expresión—como la forma y expresión del poeta que juzgamos—es lo que requiere nuestra civilización. He de repetir lo de siempre, á despecho de los rimadores rutinarios y de los imitadores vulgares. Mientras se escriban *becquerianas*, mientras se busquen acentos é inspiraciones en Byron y Espronceda, mientras no se consiga ser original como Juan de Rchepín y Díaz Mirón, decaerá la poética de manera lastimosa. Ya se han registrado todos los rincones del alma; todas las cuerdas del cerebro se han tentado; todos los latidos del corazón se han estremecido con vibraciones arrancadas á las liras de los poetas pasados. Querer conmover con los mismos ayes ó violentar el sentimiento, cuando el sentimiento se niega á dar hospitalidad á las lamentaciones ya oídas, es creer que la humanidad se detiene ó retrocede á los tiempos del Asia antigua, de la Roma decadente y de los moradores de la Edad Media. Hay que apelar á otros resortes para registrar el arpa renovadora del espíritu, porque ya el consonante, que fué música en las liras que ayer enamoraron por sonoras, es hoy el antifaz con que cubren su deformidad los que no tienen en su abono la fuerza ni la galanura de Díaz Mirón.

Los abogados de Peza, los que tienen á toda hora en los labios las cuartetas que éste escribió en la muerte de Víctor Hugo, lean estos fragmentos de la oda que copio:

¿Qué palabra mejor que la que canta?
¿Qué timbres de más prez que los que encierra
Ese rey triunfador á cuya planta
Es un mezquino pedestal la tierra?
¿Qué fuerza más divina
Que la de ese Titán que escala el cielo,
Desafiando al rayo que fulmina
Todo lo que se empina
Sobre este bajo y miserable suelo?

Bien dignos de Víctor Hugo son los versos; el sublime muerto es digno de ser cantado así por poetas de su talla.

¡ El condor gigantesco de los Andes,
El buitre colosal de orlado cuello,
No ha batido jamás alas tan grandes
Ni ha visto tan de cerca un sol tan bello !

. . . .

La ráfaga que zumba
No ha de apagar la estrella,
Dejad que al fin el trovador sucumba !
¡ La luz de su astro, como nunca bella,
Brotará por las grietas de su tumba !

***

¡ Oh ! soñador excelso ¡ yo te he visto
Tocar el cielo en el batido estuario
Ara de tu ideal ¡ Tú como Cristo,
Completaste el Tabor con el Calvario !
Misionero de luz propicio al ciego,
Tu genio, semejante á un meteoro,
Llovió desde el cenit lenguas de fuego
Y abrió en la inmensidad surcos de oro.

Y luego que enumera con lengua milagrosa las virtudes del egregio poeta frances, se traslada á las soledades del destierro, allá, donde apostrofó con frase encendida á los tiranos el peregrino de la libertad.

Envueltos en su túnica inconsútil
Tus veinte años de destierro gimen . . .
El crímen te absolvió . . . ¡ Pero fué inútil,
Tú no absolviste al crímen !

Y agrega, recordando á la Francia de Napoleón III:

¡ Profanado el augusto tabernáculo
Y erguidos y triunfantes los protervos !

¡ Apagada la zarza en el pináculo
Y allí agrupados en festín los cuervos !
¡ El pueblo subyugado por la tropa,
El pueblo audaz que con ardor fecundo,

Dando su sangre en holocausto á Europa,
Reivindicó la libertad del mundo !
¡ Radiante y vencedor el culto falso !
¡ La virtud perseguida con encono !
¡ El deber espirando en el cadalso !
¡ Y la infamia sentándose en el trono !
¡ Oscurecido el sol ! ¡ La Francia esclava !
—¿ En dónde estaba Dios que no veía,
Puesto que así dejaba
Prevalecer la noche sobre el día . . !

¡ Qué versos más valientes ! ¿ Escribieron así, cantaron con mayor fuerza los poetas que se lamentaron de la muerte de Hugo ? Nó. Aún lo eleva á superior altura en estos otros lujosos endecasílabos :

Tu voz reina en el duelo y en la fiesta ;
Tus versos son la música sublime
No de una lira sino de una orquesta !
No hay nota por tu acento no emitida :
Tan grande en la inquietud como en la calma,
Tocas todo el registro de la vida.
¡ Recorres todo el diapasón del alma !
Siempre con igual éxito tu númen
Brota en odas, idilios y elegías ;
Y es que en tí se completan y resumen
Píndaro, Anacreonte y Jeremías !

No se puede decir más, ó decir como Girardín : Víctor Hugo es el poeta milagro.

La oda de Díaz Mirón que lleva por título *Sursum*, es admirable; no hay estrofa que no guarde un altivo pensamiento ni verso que no sea robusto y opulento. Habla de los poetas que cantan al bosque, al río, á la naturaleza y á la mujer, en momentos en que peligra la patria y los apostrofa de esta manera :

¡ Cantar á Filis por su dulce nombre,
Cuando grita el clarín ! ¡ despierta hierro !
¡ Eso no es ser poeta, ni ser hombre !

Y continúa recriminándolos y azotándolos y avergozándolos por cobardes; les dice que eso es mentir á Dios, que deben sacudirse como Aquiles y llegar á morir como Patroclo, batallando:

El númen varonil entra en la arena
Prefiriendo al delirio y al celaje
La ciudad con sus ruidos de colmena
Y el pueblo con sus furias de oleaje;

Y contempla la tierra purpurada
Y toma y alza con piedad sencilla
Un montón de esa arcilla ensangrentada . . .
Y ese montón de ensangrentada arcilla
Adquiere vida entre su manò estóica,
Vida inmortal y fulgurantes alas,
Y en él respira una belleza heróica
Como en la estatua de la antigua Palas.

. . . .

¿ Por qué no te alzas á la faz de Harmodio
Y no repeles, cuando Atenas grita,
Esa montaña de calumnia y odio
Que sobre tu hombro de titán gravita ?
Tu Etna será para tu fuerza flojo;
Confía en tí y á tu misión no faltes,
Que al hado cruel que lapidó tu arrojo
Irá el volcán cuando debajo saltes !

No pide esta musa prestado á musa alguna; no hay afeites ni visajes, ni coqueterías, ni lágrimas . . . Ella aquí es Diana que vence y no Andrómeda vencida; al par que fascina persuade; carece de ternura, pero denuncia la superioridad del genio; lo que deslumbra, no lo que es frívolo y vulgar.

Aquí no encontraréis bosques, ni palmares, ni florecillas, violetas incoloras ó nardos impregnados de perfumes, nó. Tiene mucho de pagano, de ateo y de patriota. Díaz Mirón comprende que ya no estamos en los tiempos de las canciones bucólicas, de los madrigales, de los *poemitas idílicos*, de las trovas delicadas; que desaparecen los bardos de melena, los románticos zorrillistas, los que lloran con doña Inés y se emocionan con Margarita la tornera. Pinta á la sociedad y la *insulta:* y así, claro, la insulta, no por inmoral, sino por cobarde; maldice á los tiranos; escupe á los traidores y abofetea al miserable con mano omnipotente, como que no conoce la adulación ni sabe estar de rodillas ante los déspotas. De ahí que, tocando la enervada altivez de los poetas cante así :

¡ Rompe en un himno que parezca un trueno !
El mal impera de la choza al solio;
Todo es dolor ó inquietud ó cieno,
Pueblo, tropa, Senado y Capitolio,
¡ Canta la historia al porvenir que asoma,
Como Suetonio y Tácito la escriben !
¡ Cántala así, mientras en esta Roma
Tiberios reinen y Seyanos priven !

¡ Abre la puerta al entusiasmo ausente;
Mueve de un grito el desudado gonce;
Y como á chorros de fusión ardiente,
Vierte en los mimbres el vigor del bronce !
¡ Derrama el verbo cuyos soplos crean
La fé que anima y el valor que salva.
Y que á tu acento nuestras almas sean
Como las nieblas que atraviesa el alba !
Para el poeta de divina lengua
Nada es estéril, ni la misma escoria.
Si cuanto bulle en derredor es mengua,
Sobre la mengua esparcirás la gloria !

Esto mismo es lo que se ha dicho en otro lenguaje menos claro tantas veces, pero que no por menos claro debe echarse á las espaldas, en los pueblos donde la mayoría de los poetas no son más que cantores de bocas, de granas y de ojos azules y de cuerpecillos de palmeras. Pero no lo quieren entender y hay que dejarlos: es vana, imposible la tarea. Por otra parte, no cabe revivir los madrigales de Dorat, después que se escribió la Marsellesa, ni es dado entusiasmarse con Zorrilla cuando canta Núñez de Arce en España y Salvador Díaz Mirón en Méjico.

Creer lo contrario es hacerse reo en el juicio que el siglo futuro habrá de formular para honra de los buenos y descrédito de los falsos apóstoles. Entonces, ¡ ay ! de los acusados.





EL DIA SIGUIENTE

Cuando el camarero me dijo que en el hotel se encontraban una familia española y una señorita que poseía el francés, salté rápidamente del sofá, tiré el periódico y echándome al descuido la americana, bajé de dos en dos los peldaños de la amplia escalera con la impaciencia del hambriento á quien anuncian que la comida está servida.

Y no era para menos; hacía tiempo que andaba yo reñido con aquella árida lengua inglesa, únicamente suave á mis oídos cuando la silabea una mujer.

Además, me pesaba aquella montaña con su oscuro Delaware que se movía por sus ásperas orillas como un espeso mar de aceite sucio: ¡hasta me entraron ímpetus de regresar á la ciudad cuando dilató la máquina del tren su prolongado resoplido en aquella estación; pero el «Time table», allá, en el fondo de su larga cinta de números marcaba las once de la noche para la vuelta y hube de resignarme á tomar el carro que me condujo al hotel, inmenso y sombrío como todo lo que me rodeaba.

La española que me anunció el camarero era fácil de encontrar en aquel tumulto de gente; estaba dando saltitos al pie de una columna del Poch. Y allí fuí sin vacilar.

Hablamos de la tierra de «María Santísima».... y de otras cosas que no tenían santas, ni benditas, hasta parar en esta tierrra de maravillas y crudezas.

Estaba indignada del lugar. ¡Qué gente más pesada! ¿verdad?—Qué hombres más bruscos. ¿sabe usted?—Como nosotras no hablamos inglés creen que no somos señoras ¿habrá imbéciles?...

Luego, sin fatigarse, corrió revista á las mujeres. Un diluvio de frases burlonas en un minuto. Las había sorprendido apurando copas enteras de whiskey. Ayer en la excursión, del otro lado de la montaña, las vió recogerse los trajes hasta la rodilla para saltar un arroyo de á cuarta de ancho, y delante de todo el mundo, ¡ indecentillas ! . . .

Salí aturdido. Decididamente, no se puede hablar con una española sin marearse.

Se abrió el salón de comer ruidosamente, y mujeres y hombres mezclados, franquearon las cuatro entradas. Mi vecina de mesa era americana; no sé como la emprendimos, pero á poco charlábamos como dos viejos amigos. Me dijo que hablaba un poco el francés, un francés apretado, vibrante y con deliciosos atropellos gramaticales; cuando no podía con una frase la encajaba en inglés y se reía, descubriendo los dientes aperlados y llenos de orificaciones menudas. Se asimiló las costumbres de París en el poco tiempo que estuvo allí y era de entusiasmar aquella yankee, que andaba insultada por no haber nacido francesa . . . ó española, porque en estas dos naciones es que hay hombres que saben bailar vals, y sus paisanos lo estropean. ¡ Pues no se vió más de una vez en el caso de dejarse caer en el primer sillón pretestando un dolor repentino !

Y en verdad, es difícil encontrar mujeres que bailen el vals con mayor soltura y elegancia que las americanas. Fuí su compañero de baile toda la noche. ¡ Qué alegría, y qué modo de seducir ! más intranquila no la he visto. Se puso triste cuando le anuncié que regresaría al día siguiente á la ciudad.

—Ah! nó, imposible; el paseo de mañana; la cascada; Harrison; la excursión en velocípedo; el baile del martes, en que son ellas las que van á inscribir sus nombres en los programas de los caballeros; un puñado de diversiones: nó, nunca; había que desistir del viaje . . .

Al día siguiente, en la tarde; cuando bajamos cogidos del brazo por los senderos pedregosos, tropezando á menudo con los ramajes del bosque azul, llenos de flores amarillas los sombreros! bendije la hora en que se me ocurrió arribar á la montaña. Ya no echaba de menos á Asbury Park con las bañistas semi-desnudas, publicando redondeces; ya no era el recuerdo de la danza bulliciosa de Long Branch; ya no era la ciudad con sus portentos que privaba. Era aquella montaña empinada, tupida de árboles, que se erguían con atrevida

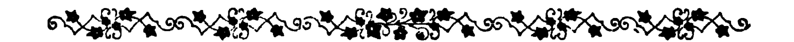
grandeza murmurando no sé qué de amor y felicidad desconocidos en lo absoluto á mi vida impaciente y poblada de desazones; era la cuesta blanquecina culebreando en todas direcciones, que convidaba á treparla nuevamente en medio de risas y de pequeños gritos de contento; era el banco de madera tosca, donde grabamos, bruscas, las iniciales de nuestros nombres; el lago dormido que cruzamos en la diminuta góndola; era el salón donde la encontré por vez primera con su toquilla de seda diáfana; era el vals de Strauss lánguidamente sonoro, con su ruido de suspiros y sus ondulaciones temblorosas que acompasaba el corazón con sus latidos; era la plenitud de una esperanza que, arullada por veintiseis años de existencia, se había resumido en solo un día y de cuyos alientos se desprende la zozobra futura, y el recuerdo silenciosamente triste de una felicidad perdida.

. . . .

Acabo de levantarme de la mesa con un nudo de dolor atravesado en la garganta, porque al pié de esa ventana del salón de comer, unos músicos ambulantes arrancan de las cuerdas del arpa aquellas trémulas vibraciones de nuestro vals . . . ¡Un vals que hemos bailado tantas veces ! . . .

Water Gap (N. Y.) 1892.





LA CARMENCITA

Vengo con el sombrero apabullado y el chaquet hecho un desastre, de ese impenitente bebedero que ostenta su iluminación escandalosa en plena calle 23: vengo de «Koster and Bial's.» ¡Qué manera de entrar al teatro: qué digo, teatro! «Koster and Bial's» es algo así como un café cantante de donde sale un eterno vaho de absinrthe, de whiskey, de lager, de ginebra falsificada, qué sé yo! Allí todo espolea la sangre. En la atmósfera flota, mezclado al perfume rabioso que gastan las hijas del deleite, el humo del tabaco de Virginia con que se envenenan los yankes: arriba, en los palcos, detrás de las cortinas blondas, asoman algunas cabezas rubias con cerquillos de piedras, donde la luz eléctrica se quiebra en mil colores; abajo, las mesas, obstruidas de copas y de cigarrillos; á los lados, las hileras de las plateas atestadas de hombres á quienes arrastra la vorágine de hembras; unas hembras que llevan las gargantas desnudas y los dedos cargados de sortijas cursis; se siente el apagado carcajear como formando coro al silabeo de equívocos y de frases sueltas, afiladas, como hojas de puñal. Todo es rumor allí y vertiginoso movimiento, hasta que la orquesta puebla el aire de una música voluptuosa, propia para hinchar el alma: oyendo esa música el corazón se sofoca y parece que estalla algo interiormente. Al compás de ese ritmo que tiene como gorgeos espamódicos se abre el colosal abanico que finge de tela escénica y aparece «la fosfórica.» Carmencita llena de cintajos...

¡Por Dios! que nos váis á romper los tímpanos con esa algarada!

Yo no he oído jamás tormentas de aplausos ni huracanes de gritos, como estos que forman los americanos al rededor de esa bailarina: luego dicen que nuestra raza. Y vaya usted á ver por qué se les enciende la sangre y se les convierte la imaginación en fragua y se les orlan de cardenales las palmas de las manos! Por que Carmencita se descadera de manera heróica en las contorciones del baile flamenco. ¡ Fíese usted de la fama artística! Carmencita con ser andaluza no hace baile genuinamente sevillano: mejor se retuerce sobre las tablas de Albisu la impertérrita Antonia Real.

Que á Carmencita la favorezca una boca ondulosamente cortada, capaz de hacer cometer un disparate al yankee menos impresionable; que sus ojos grandes y luminosos miren provocando vértigos; que su seno marmóreo se suspenda en agitaciones deliciosas como un mar haciendo olas; que su talle flexible, aunque algo grueso, se cimbrée como el bambú; que todo aquel capital de juventud y hermosura enmarañen los nervios de los espectadores y hasta los impulse á arrostrar pecado enorme en el instante del delirio, no quiere decir que sea de su facultad el clásico taconeo y que colme la escuela verdaderamente andaluza; nó; la escuela de Carmencita es una de su exclusiva invención; es un «ingerto» de baile francés y de crudeza italiana: lanzar ese pie así, tan brusca, tan groseramente, es un atropello al arte sevillano. Prefiero á madame Doufort cuando arqueando su descomunal sombrero de plumas hasta la pantorrilla izquierda, tocaba la bambalina de manera pasmosa con la pierna vestida de seda negra.

Cien veces más notable es Rosa Tejero; ligera como un pájaro; fácil como un verso de Salvador Rueda. Adaptar el busto á la cadencia, al prodigio musical de la «petenera,» ahí está la habilidad; en describir círculos musculares dentro del compás; orillar el punteo armónico sin relajamientos ni plagios de can-can.

¡ Si Carmencita no tiene la necesaria *elocuencia en los piés* para aquellas cosas! fáltale discreción, fáltale el clasicismo dicho; en su baile hay mucho ripio y muchos pases irregulares. Cuentan que Carmencita tomó á empeño engañar á los norte-americanos, por via de venganza, porque no querían en su tierra de brusquedades á los hijos de España y comenzó por relajar el «baile escultórico;» pero es lo cierto que yo no le he visto la pun-

ta . . . Y la verdad, después de todo, es, que el taconeo á «lo flamenco» es como el ondular de «la habanera,» si no habla, canta y frasea la zuela del zapato, está usted perdido.

Nueva York: julio de 1892.





EL HISTÉRICO

Ha poco ese joven vivía alegre y ruidosamente la vida del Sport, en una dulce mezcla de elegancia y de bohemia. Ahora salta de la cama á las seis de la mañana y se echa á la calle precipitamente como si la casa estuviese ardiendo y deseara salvarse de inminente peligro. A poco llega agitado, pregunta al criado si han traído cartas; cartas que está seguro de no encontrar; vuelve á salir rápidamente, con un andar nervioso, como si lo persiguieran; más tarde, empapado de sudor y hecho una lástima, regresa con un deseo irresistible de tirarse sobre el sofá cubierto de periódicos y revistas; allí, á soñar con los ojos entornados, siguiendo la vaga hebra de humo de su pitillo.

Una mañana que Luis había salido como de costumbre, entré á su habitación: el lecho estaba aún caliente; en aquella hendidura de la almohada parecían flotar vapores de recuerdos y de insomnios.

Un gabinete de recreo, de estudio, de descanso, un laberinto de artista, un nido de poeta! El tocador un desastre, los veladores cargados de fotografías de cómicos, de cocottes, de mujeres de cuellos desnudos; en la pared el plastrón rojo con su par de espadas y floretes rotos en el último asalto, en el diván un abanico, un guante de mujer, una caja de bombones; en la mesa de trabajo libros desencuadernados, tinteros derramados, tarjetas de Margarite de Merville y de René Ricard.

¡René Ricard! Una mujer de redondeces despóticas, aquella bautizada en el mundo elegante con el mote de «el faisán rubio;» la heroína del duelo de mi amigo Rufet.

La tarjeta de René decía: «Luis: Os arrastró el despecho y me tenéis contrariada; os he dado todo, y ya no quiero nada de vos. Olvidadme—que sólo tenéis ya mi amistad.»

Debajo de este cartoncillo de despedida, leí un borroneado pedazo de papel todavía con la tinta fresca y las ideas calientes, vibrantes, relampagueando como hierros encendidos.

Las estrofas eran sangrientas, cada verso una hoja de puñal, gritos, blasfemias, el ritmo sonoro y ondulante dando vida á la cólera; «la partícula sublime» aleada á los ultrajes violentos.

Estos poetas irrefrenables me causan delicias.

Y Luis es un incorregible, un histérico.

Una vez le dió por morirse de tedio. Empezó á gemir perfidias y á lamentarse de una desgracia imaginable. Le aconsejaron los viajes y en una de estas excursiones medio mató á un infeliz en un desafío; regresó lleno de esperanzas y proyectos, pero en un banquete se enamoró perdidamente de una neorlanesa á quien abrumó luego con sus poesías más bellas, las páginas más brillantes de su Album.

Los acentos más sonoros de la lira prodigados á quien no supo comprenderlo. Por eso aquella epístola que corrió á modo de elegía en los periódicos ilustrados bajo el título de «Carta á una mujer,» y en donde saltaban las pasiones retorciéndose con movimientos epilépticos; la dama maravillosamente pintada con sus escrúpulos de virtuosa en los salones, la mujer con sus impudicias de salvaje bajo las cortinas del lecho. Las frases de aquella epístola, que fue la última vibración de una posesión á medias, sonaron como chasquidos de látigo en los oídos de la *maitresse* de un día.

Aquel hombre era todo nervios. A raíz de esta pasión desastrosa emprendió un trabajo, una novela; empezó con el ardor de siempre; febril, ansioso, hasta quedarse como un idiota contemplando las cuartillas huérfanas; después la emprendió con un poema al estilo del *Rolla* de Musset; á las primeras estrofas dejó la pluma tendida sobre los bordes del tintero. Luego, una tristeza de neuropático; se quería morir de tedio otra vez.

Una noche se echó la capa, franqueó las puertas del baile de máscaras, saludó al Carnaval con una copa de Champagne que tragó en medio de un sollozo, y hambriento de delirios y de espasmos entró en la confusión de máscaras diciendo:

—No se debe tomar la vida por el lado serio.

—Pero el amor sí—le contestó René que á la sazón

llegaba seguida de un ejército de amigas, y enlazando su brazo gordezuelo al de Luis, se perdió en aquel laberinto de alegría.

Me dicen que aquello fué atroz; el alma gastada de Luis despertó dentró de su cuerpo joven; los ojos metálicos y tentadores de René despidieron sus más brillantes fulgores en uno de los bellos saloncillos de su hotel; . . . Allá, la alcoba con sus cortinas blondas y encintadas, la media-luz del velador; la atmósfera flotando con ondulaciones azules. Probaron todas las exageraciones, cometieron todos los excesos enervantes, en medio de los más deliciosos gritos de placer. Treinta días bastaron para quedarse ambos sin vibraciones en el alma, con los labios secos, los brazos débiles, los pechos fatigados.

De entonces está Luis como el poeta ya impotente que recuerda haber tenido alas y ve que no tiene sino piés; de ahí las salidas bruscas de casa, los paseos continuados y sin objeto, el abandono de su persona, de su gabinete, de sus libros, de sus amigos; hasta de todo y de todos.

—Qué haces?—le pregunté una noche de extreno en el teatro de la ópera.

—¡ Nada ! tengo el cerebro lleno de migas de pan.

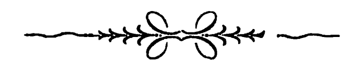
—Y hasta cuando será . . .

—¡ Hasta mañana ! . . . me respondió con desdén, como deseando me alejase de su lado.

Si no conociese á Luis juraría que ha sido un majadero toda su vida.

No me extraña el día que reciba su tarjeta de despedida. Irá á Francia, á cualquier parte, á un *asunto urgente*.

El asunto será una nueva *maitresse*, que perseguirá al fin del Polo, á donde ella vaya, hasta sufrir otra decepción. Regresará pálido, mal humorado, intolerable, queriéndose morir de tedio por la última vez, pero no cometerá la estupidez de suicidarse: Conozco á Luis.





ELISA ZANGHERI

La *hig-lif* asistía aquella noche á la brillante recepción que se celebra mensualmente en una de las principales casas de la Habana. Ya había saludado á varios amigos que desfilaban trajeados de rigurosa etiqueta.

—No vas al baile? me interrogaron algunos.

—No: voy á Tacón, al debut de Elisa Zangheri.

Hubo quien se asombrase de mi inaudito desacierto. Trocar una de las más expléndidas *soirees* de la semana, por ver á una artista que se presentaba nada menos que con «La Dama de las Camelias,» en un país que está harto de ver «La Dama» en ópera, de leerla en novela y de admirarla con Sarah Bernhardt, la más doliente de las Margaritas conocidas! Mi resolución era imperdonable y para evitar que me continuasen recriminando en pleno Louvre, me dirigí precipitadamente á Tacón.

Vestía Elisa airoso traje rojo: un traje difícil de llevar con distinción. En la una mano las históricas camelias, en la otra un soberbio abanico de plumas. Una mujer con el tipo en todos sus detalles de la Margarita Gautier: delgada, de manos largas, talle inimitable, un talle de una coquetería infernal: ojos áridos ó expléndidos, según lo exigían las circunstancias; de acento burlón ó de amabilidad exquisita, aquella era la creación de Dumas, hijo.

¡Qué pocas artistas saben echarse indolentemente en un sofá como lo hace Elisa, tomando actitudes encantadoras y descuidadas!

¿Habéis sentido alguna vez la caricia sin nombre de una mujer que *sepa querer?* Pues si viéseis á esta mujer haciendo caricias á un hombre, las sentiríais como si os

fuesen prodigadas. No es la interpretación frívola de las astucias eróticas y de los remilgos fingidos, es una interpretación hecha á conciencia.

Elisa Zangheri besa con toda la boca, abraza á su amante con todo el cuerpo, le deja un pedazo del alma en cada suspiro, lo envuelve en su bata suelta con toda la plenitud de que es capaz una querida, cual si la invencible atracción del sexo dejara de ser verdad, si no la fingiera absoluta como su pasión.

Se la ve reposar sobre los hombros de Armando con toda la negligencia de la mujer humana, no de la mujer actriz: allí la verdad intachable, sin copias profanas, sin escrúpulos. Alcanzó la cumbre en el arte, la naturalidad exigida por el modernismo, ya reflejando los empujes violentos del amor no colmado, ya demostrando altas felicidades conseguidas en medio de sus delirios y sus ansias.

Para unos el asiático desprecio, la serenidad cruel, la imperturbable indiferencia á las promesas y á los juramentos. Para Armando, el único, el dueño, el querido verdadero, lo espiritual, lo tierno, lo sublime . . . .

En la escena con el padre de su amante, los detalles fueron hermosísimos. ¡Qué manera de llorar aquella! Sin agonías, sin escándalos, sin explosiones ni ronquidos, que convierten, á veces, el llanto en paradoja ridícula. Tuve que mudar de butaca porque unas vecinas mías lloraron á la par de Elisa; y soy hombre recio á las lágrimas.

Yo no tengo pluma con que pintar la despedida de esta sublime mujer que ama—y que ha dado su palabra al anciano Duval, de separarse de Armando. Como mordía las frases que no querían fluir de los labios, como cambió repentinamente su acento, no es para descripciones. Igual cuando el antiguo amante la encuentra acompañada del Barón y la escarnece. «Armando» !. . . . «Armando»!. . . , En cada grito saltaba un pedazo del corazón.

Deploré haberme quedado al último acto. . . .

Allá, en el fondo de la cama una moribunda se movía con pesados movimientos, y cuando bajó del lecho, era ya un cadáver. . . . un cadáver que se movía haciendo gestos y articulando palabras apagadas. Esa mujer debe haber pasado muchos días en los hospitales de Europa viendo morir tísicos. Mucho que hubiera deseado María Tescher ver á la Zangheri en este acto, antes de lanzarse á representar la Traviata, cuando debutó en el Teatro Payret.

Los periodistas han sometido á prueba de compara-

ciones á la actriz italiana: la Reiter, la Sarah y otras, han sido traídas á cuento, y resulta brillante el valor artístico de Elisa. Ultimamente interpretó «La Tosca» á maravilla; luego «Patria» la tremenda producción de Sardou; «Frou-Frou» (admirable) «Odette» y demás de repertorio moderno francés.

Elisa Zangheri gasta figura y semblante de criolla y unos ojos capaces de hacer cometer un disparate al más excéntrico.





TORMENTAS EN UN ENTRESUELO

Allá, en el entresuelo, encorvado sobre su tabla de escritorio, febril y ansioso, después de poner este epígrafe:

Dejé la luz á un lado y en el borde
de la revuelta cama me senté. . . .

en un ángulo de la primera cuartilla escribió ese pobre hombre lo que á la letra copio:

«Yo también, señora, como el infortunado poeta, me he sentado á la orilla del lecho, pálido de nostalgia, abrumado por las tempestades aquellas que la pluma-milagro de Victor Hugo, hizo desarrollar dentro de un craneo.

Allí me he apretado el pecho, para que el corazón que latía con pletórico empuje no se me escapase de un golpe.

Allí he ahogado, mordiendo furiosamente las almohadas, los gritos que osaban salírseme del alma.

Allí me comprimía las sienes, para que las ideas—mariposas inflamadas por el fuego del espíritu—no saliesen á revelar al mundo las sagradas reservas de mi pasión esclarecida en el martirio.

Allí, en fin, he llorado, pero llorando tenía los ojos secos, los labios tostados, la frente encendida por la fiebre. . . . y allí, fue, señora, cuando me sorprendió el sol de la mañana, cuando salté del lecho asustado, cuando mirándome al espejo movíame á espanto no llevar la cabeza encanecida ó arrancado el pensamiento después de tan lastimosa noche de insomnio.

Ya yo debo tener el alma de alguno de los condenados del Dante; ya la sociedad no puede reprocharme que, apostrofando al destino, me encolerice contra Dios y le pida cuenta de la remota injusticia. Yo también quiero subir con ironía sangrienta la escala de Jacob; yo quiero engendrar la dicha, aunque sea en medio de *una maldición y una lágrima.*

¡Soñar, creer, vivir, llegar á donde llegan sin derecho muchos incapaces de sentir!

¡He vivido tanto en poco tiempo, que envuelto en mis derrotas y mis triunfos, á trueque de mi porvenir sellaría con sangre de mi cuerpo la transformación de esta vida miserable!



No la concebí á usted poética, porque no puedo crear una mujer toda poesía, porque soy enemigo de la poesía absoluta. Ví siempre en usted una mujer de corazón inflamable, chispa hostigadora de incendios, apaciguada por una envoltura de nieve y rosa, que dista mucho del símbolo complementario de los temperamentos fogosos. Dotada de todas las ondulaciones artísticas á que puede aspirar el hombre podía usted ser cantada por la grandeza del ritmo del poeta, pero vale más esclarecerla con la verdad radiante de la prosa, porque el poeta de cualquier cosa hace una lira.

No tiene usted la blancura de la nieve, pero es blanca como una trigueña; su garganta insinúa un seno perfecto, que apesar de haber sido fatigado por el amor, parece que conserva una juventud eterna, un seno de mujer hecho para el amante, no para el novio fascinado ó para el marido indiferente. Sus cabellos semi-rizados y abundosos corren hasta la mitad de la espalda; sus ojos nadan en luz, pequeños, pero brillantes, miran difundiendo resplandores; la nariz corta difiere de la recta y pura que constituye la belleza; la misma boca por excesivamente estrecha, cerrada, á nada invita, abierta y moviéndose al empuje de la frase, se torna divina: sopla manantial de amores, hálito cargado de promesas. Esa manera de andar cuasi ondulante, ese desenfado, que se aleja de la virginidad para acercarse á la mujer en sus más amplias facultades, ese término medio entre el botón y la rosa, esos nuncios de prestigiosos contornos, de formas eximias y absolutas, son las que engendró mi pensamiento en solitarias noches, en aras de violentas sensaciones.

De ahí que al verla á usted por vez primera me creí

presa de una alucinación, porque era usted la mujer que yo había creado.... Era usted; pero al verla sentí que el alma se me asomaba á los ojos para contemplar el abismo que existía entre los dos....

*
* *

Por eso, por el obstáculo la busco á usted, porque quiero sacudir esta vida de sosiego, vida resignada, impía: la vida de la concha sobre el banco de arena, la del impotente paralítico adherido al sillón, la de la hoja seca pegada al tronco carcomido. Por eso, porque es usted un temperamento, un alma hecha á pruebas de titán, una existencia que las circunstancias, ó con mayor propiedad, el destino torció de antiguo y la obligó á pulular en una sociedad demasiado estrecha para desarrollar sus ideales. Y fue usted mártir.... Su frente se cubrió con la aureola de ese mismo martirio; su corazón latió irritado y violento como el volcán cubierto por una montaña de nieve; y cuando su alma trató de flotar como el aceite al borde de la copa de agua, la cadena de abrojos de himeneo la esclavizó como á Ildico; pero como Ildico no tuvo usted valor para romper aquellas cadenas de flores y de encajes: sus sueños saltaron hechos girones sobre los bordados del lecho nupcial.... Creyó usted engañar al deseo y sucumbió en la lucha: no tienen derecho, señora, á ligarse las pasiones gigantes á las pasiones comunes.

Esa es la historia de muchos temperamentos inutilizados por la espantosa compañía de otros seres que no guardan afinidad con ellos; por eso yo he vivido libre como el aire de las montañas, porque clamé inútil y eternamente á las puertas de la felicidad.

Es usted un ser superior y parece usted impasible; con la misma actitud que cuentan observó Helena, desde lo alto de las torres de Ilión, la guerra que encendieron sus ojos, asiste usted al combate de odios, de envidias, de murmuraciones y de infamias que concita su hermosura.

Yo también, señora, he querido llevar mi careta de indiferencia; más se me cae á cada paso y cuando intento sonreirme, lloro: *cuando trato de llorar se ríen.*

Usted resiste, víctima doliente de la justicia mundana, á todos los dolores: á usted la mata el corazón.... á mi me asesina el pensamiento.»

By traslation.



EL ENCUENTRO

A FEDERICO VILLOCH QUE SE ENCONTRO A UNA DISFRAZADA DE PIERROT

Momo ese Dios payaso, ese Dios de la alegría, es una torre de asilo, un consuelo, ó más bien, una defensa para el alma, vientre de dolor eternamente fecundo, que dijo Ruben Darío. Por eso la mascarada fué un refugio para mí aquella noche que, animado por las explosiones de alegría que brotaban con sus truenos joviales del salón, entré inconcientemente al baile.

Los meditabundos no ríen.

De pié, contra una columna, aturdido del perenne carcajear estaba yo, cuando sentí como una descarga eléctrica sobre mi espalda.

—Adiós *bailaor!* me dijo aquella disfrazada de manola, y desapareció entre la multitud, abriéndose paso con las manos y metiendo ruido con sus francas risotadas y el alegre traqueteo de sus castañuelas.

No sé que secreto impulso me llevó á seguirla; empero arrepentido salí del salón y dando vueltas por los pasillos, tropezaba aquí con un *Saltarello* de abigarrados colores; más allá con un *Clown* que agitaba frenéticamente sus amplias mangas de percal, y por todas partes apabullándome con *jockeys* y *chulos* y *perriots*, que se amontonaban ó se movían en medio de una gritería infernal. Quería huir de la locura porque ya sentía que se me montaba á horcajadas sobre las espaldas; quería luchar con aquella debilidad que me arrastraba hasta mirar por las regillas de los palcos, y sin embargo, continuaba correteando por los vestíbulos, pasillos y salones, buscando á aquella Manola de mis pecados.

Inundado de sudor y ya falto de respiración, después de una hora infructuosamente perdida en mi pesquisa, me dirigí al patio; allí, al café, donde sonaban las copas y se quejaba la guitarra con sus trémulas vibraciones.

Contra mi costumbre di un fuerte bastonazo sobre la mesa de servicio.

—¿Qué desea usted? preguntó el mozo.

—¡Un *Cocgnac!*

—Traiga dos!—prorrumpió alguien detrás de mí. Me volví súbito: era la Manola con la mantilla echada sobre los hombros, el pelo suelto, el paso vacilante: ¡una Manola de trenzas sueltas!—Y ¡tu tomas cognac!—interrogué sorprendido. Por respuesta se apoderó de una de las copas y la escanció de un trago; después me miró fijamente y sentándose á mi lado, apoyó su torneado brazo sobre uno de mis hombros y empezó un monólogo extraño, irreflexivo, algo así como el exordio de una historia llena de lágrimas y de apostasías . . . Fue bohemia, y después artista, y luego . . . esclava . . . esclava de uno que no la había amado . . .

De ahí el que pasara de mano en mano como una copa de licor en un festín de calaveras; me lo decía con tal entonación de tristeza, que llegué á imaginarme recitaba aquel poema del inmortal Musset: Rolla, con sus ritmos, con sus sollozos, con sus risas, con la admirable descripción de Porcia, muriendo de muerte espantosa á los piés de su amada de una noche.

A ella tambien la habían irritado las pasiones y torturado los deseos; tenía alma como Margarita Gautier. Hubo momento en que se me antojó la cortesana, vírgen de generosos sentimientos: fue entonces que levanté el antifaz de la *Manola:* Qué pálida estaba; qué meláncólico el mirar, qué labios más temblorosos; qué expresión más sublime la de aquella cara sin coloretes ni pinturas blancas! . . .

Se quedó absorta de mi atrevimiento, como yo de su belleza; y me volvió á mirar con insistencia—como si quisiera decirme muchas cosas. Y quedó muda largo rato, moviendo los labios, cual si quisiera inventar un nuevo lenguaje, que le permitiese decir todo lo que sentía, hasta que al fin reclinó la frente sobre mi pecho y rompió á llorar . . . .

No sé cuanto tiempo estreché con mis rudas manos aquella cabecita que ardía como un volcán. Cuando nos

levantamos, dejando la mesa convertida en un océano de licor, era bastante avanzada la noche. Ella se apoyó negligentemente en mi brazo y salimos del baile.

Aquí convendría, amigo Federico, poner una línea de puntos suspensivos y continuar la historia, que pudiera servir para el capítulo de una novela al estilo de la *Safo* de Daudet; pero más vale estampar la firma—Tu amigo, colega, etc.

Habana: de 1891.



BENDITA TIERRA!

Que lo más bello de las Antillas es Cuba, ni cabe escribirlo: lo sabe todo el mundo; lo que no sabe todo el mundo, es, que un extranjero en la Habana no echa de menos el terruño ni piensa por modo zozobrante que ha de atormentarle luego la nostalgia . . .

Allí se alienta bajo el claror de la alegría y la alegría es una sonora risa de cristal hecha para los labios de aquellas expléndidas mujeres.

¡ Parias hay que rendir á esas tropicales de ojos negros y de talles flexibles, como sus palmeras, que mueven á maravillosas concepciones á sus poetas de cítaras de oro, á sus artistas de pinceles de seda. Cuba es astro en ese azul espacio donde son constelaciones Puerto Rico y Santo Domingo; y cuenta que son estas dos islas, las que con más legítimo derecho pudieran presentarse con sus puñados de hermosuras, en un certamen de bellezas antillanas. Empero, si la una es Hécuba doliente, eterna gemidora que da á luz sus hijas pálidas, porque son hijas de la neurosis, la otra es Diana que se ocupa más de su flecha y su carcax que de las dulzuras de su hogar.

Cuba es una trigueña tentadora que gasta los cabellos rizados, los labios como guinda, las pupilas aterciopeladas; su espíritu es volcán; ella aprendió el heroísmo en la manigüa y si no ocupa puesto en las repúblicas de América, tiene puesto de honor en el luminoso mundo de proezas de la Historia. El rubio yankee está locamente enamorado de esa vaporosa trigueña que anda ocultando prodigios bajo su eterno traje de verano. Cuba

es la vida! tiene sus epopeyas victoriosas en las abundosas plenitudes de sus campos, allá, donde el guagiro (1) tañe la guzla criolla y deja ondular el latido sonante de sus décimas; allá también suena el tamboril al compás de la guitarra y el ruiseñor arpegia sus himnos de amor y libertad bajo una cabellera de palmas temblorosas y de arroyuelos azules... Bendita tierra!



Una rubia mañana de marzo trepaba yo la empinada escalerilla de la nave que debía conducirme á Nueva York. ¡Cuán lejos estaba de mi mente la idea de prolongar la ausencia! La Habana con toda su esplendidez se presentó á mi vista bañada por los primeros reflejos de la aurora. Gradualmente y conforme iba el buque desprendiéndose del puerto, surgían, cual evocadas remembranzas las siluetas de las torres y las azoteas de los hoteles; al frente el Palacio de Marina con sus salones aperlados citándome inolvidables noches de sarao; luego la estrecha Plaza de Armas; la Cabaña con sus sendas torcidas; á opuesta mira el Prado con sus árboles seculares, y al fondo de esta calle, en línea recta Payret, con sus proporciones correctas; el célebre Tacón con sus pilares blondos y robustos; un ángulo del Parque Central que parece jugar al escondite cuando lo asedia con sus ávidas miradas el viajero; después, magnificamente tendido San Lázaro, de donde me finjo que salen, francas, las explosiones de mis compañeros de fiestas; y por último las curvas majestuosas del «Vedado» con todo el atavío de sus jardines y sus pompas campestres, á cuyos piés se agita un torbellino de espumas...

Al fin retumbó potente la voz del bronce fuera del Morro y se ocultó la Sultana perezosa como al bardo germánico la poética Stambul desde los confines del Bósforo. Vagó la vista inquieta, un mundo de afectos se me atropelló al corazón, y tembloroso el pañuelo arrojó de entre sus pliegues el enigma del dolor hecho poema.



Que estas líneas son deuda de afecto antes que trabajo literario, es verdad, y ello es homenaje de gratitud á la hidalguía cubana. Yo amo á Cuba en sus mujeres cuando se mecen al inimitable compás de su

(1) Nombre que se aplica allí al campesino.

danza; la amo en sus oradores de períodos elásticos; en sus tribunos de épicos acentos; la amo en sus periodistas, de cuyas plumas nace la frase hecha con sus altiveces y sus triunfos, como Minerva armada de su casco y su lanzón; la amo en sus poetas antiguos tanto como en sus contemporáneos; y en una palabra, la amo y la siento en su República futura, con su valor homérico probado, con sus virtudes cívicas austeras: la República sin crímenes ni sangre, franqueando las puertas del siglo venidero, triunfadora y sublime, como para decir al mundo que toma posesión de sus derechos, porque con su libertad se perfecciona el Continente: se completa la América.

Caracas: setiembre de 1892.



CARTA POLITICA (*)

Caracas: 26 de octubre de 1892.

Señor Don . . . .

Long-Branch.

Muy distinguido amigo:

Cuéstame más de un sobresalto la lectura de su carta, y cuenta que no soy de los que se escandalizan por la rudeza del lenguaje literario ni por el desbarajuste de las ideas políticas; más confiésole que me sorprende la manera desenfrenada con que moja usted su pluma en la hez del tintero de Marat. Es la poesía hecha odio: la poesía envenenada de Swift retorciéndose entre la prosa enferma de Tolstöi, como una serpiente entre una charca.

Maravíllame el esfuerzo que hace usted por cotejar nuestros hombres y nuestras cosas, con las cosas y los hombres de la Revolución francesa. Fiando demasiado en las semejanzas, empéñase en convencerme, que nuestros procedimientos políticos deben de ser copias, remedos y plagios de aquel acontecimiento único en la historia, de aquella Revolución tan espantosamente magna, que, osó

(*) Escrita esta carta el 26 de octubre retropróximo, como puedo probar llegado el caso, supongo que el lector comprenderá que todo lo en ella dicho es reflejo exacto de lo que para en aquella fecha pasaba en Caracas.

levantar su trono sobre el andamio que bebió la sangre de los reyes con igual avidez que la de los girondinos.... Y eso lo quiere usted, ahora, cuando la nación viste su traje de baile é ilumina su semblante con resplandores de sonrisa, para que no se sospeche que hasta ayer no más estaba llorando sobre un promontorio de cadáveres! cuando la paz, cumpliendo con su deber de antorcha, alumbra hoy los espacios, y espera mañana besar con su hálito de amor la tierra ya abonada, por que el soldado va á trocar la bayoneta por la azada del labriego, porque se van á convertir las cureñas de los cañones en arados! Y eso lo piensa usted, ahora, que la nación harto fatigada de catástrofes se dispone á reconquistar su progreso perdido, porque hemos llegado á tal decaimiento que tenemos que empinarnos para ver por debajo de las barbas de Colombia el explendor de nuestras Repúblicas hermanas! Y es usted osado á soñar con patíbulos, usted, el hombre humanitario; usted corifeo del asesinato, del atropello, de la ferocidad, del crímen, del incendio!

Ah! si no viese al pié de esa carta su firma y por añadidura su rúbrica, tendida como una hoja de florete, juraría que es uno de aquellos partos hidrópicos que salen del cerebro de Rochefort, como el montón de hierro encendido del vientre de una fragua.

Es la forma más brutal y exigente aplicada á la política.

Duéleme contemplar el brillantísimo talento de usted revolcándose en tan asquerosas fantasías. En cualquier parte del mundo semejante publicación sería un frasco de vitriolo arrojado á la frente de la sociedad.

Por extraña lógica, empero, y como para amenguar los ímpetus demagógicos, traese usted un proyecto de periódico, que por lo ceremonioso me parece cosa de cierto doctor amigo de ambos, quien de hinchado se nos va á reventar el día menos pensado en cualquier parte. Tamaño proyecto á raíz del triunfo, cuando aún late el eco del clarín épico y flota el vaho de la pólvora y empaña las cumbres del Avila la humareda del combate, es proyecto de alucinado. ¿Cómo crée usted que pueda tener cabida la prensa doctrinaria en medio de las explosiones de un pueblo en delirio y del estrépito de las armas vencedoras, cuando apenas hay un gobierno provisional que, en justicia, no puede atender á un cúmulo de reclamos y compromisos, única herencia que le dejó el pasado? Y cómo se le antoja á usted el porvenir ya hecho, así, sin la solidez y el afianzamiento que requiere

toda nación después de prolongada guerra? ¿Cómo quiere usted el porvenir rápido, por modo milagroso? Un porvenir que no está tan próximo como lo desea el Jefe de la Revolución ni tan lejano como seguramente lo presagiará Guzmán Blanco? Pregúnteselo á Don Vicente Amengual que con ser personage de tantas campanillas y estarse muriendo de hambre de ministerio, no adivinó la víspera lo que le iba á suceder al día siguiente.

Sóbrame, pués, razón para decirle que es usted un amalgama del excéptico y del poeta, á la par: recuerdo que cuando era usted estudiante no sabía que camino optar entre Kant y Lamartine.

Y qué diría usted en su periódico?

Diría que la política exige cordura y previción para que no se hombrée luego algún lírico antiguo, de esos que viven soñando con la Presidencia de la República; que la agricultura pide brazos, es decir, inmigración, porque el hacha de los campos de batalla, los cortó á millares; que la industria zozobra y precisa salvarla; pedirá usted que surjan los partidos, porque una nación sin partidos sería una nación de cafres; agregará que hay disturbios internacionales, y por ende, hay que tomarlos en cuenta con tal serenidad diplomática que no resulten lamentables extravíos; y en una palabra, dirá usted, que para colmo de sorpresas, merced á este gran sacudimiento nacional, se empiezan á despertar alarmadas las conciencias, porque hay uno como secreto choque de opiniones en lucha con los más hermosos intereses de la causa, etc . . . . .

Todo eso dirá usted, y algo más; y ahí está el obstáculo, el escollo, el abismo . . . . .

Halagadora al Jefe y á sus patrióticos anhelos será la actitud de usted; halagadora á Pietri, que es un hombre incapaz de fingirse perfidias donde hubieran razones; halagadora, en fin, á todos los hombres de criterio que trae la Legalidad; pero ¿y los otros? los demás . . . ese núcleo inconciliable que se mete como de contrabando en todas las revoluciones (1) aún en las más santas, porque las revoluciones tienen que aceptar, como los jar-

---

(1) Guárdome mucho de aludir á determinados individuos, 1º porque esta fórmula es aplicable á todas nuestras revoluciones, y 2º porque háme enseñado la experiencia que es harto peligroso tocar personalidades en un país, donde la cosa pública tiene flujos y reflujos, como el mar, constantemente. Además, ¿para qué sirven los años, los estudios, y los trabajes, si no hemos de tener juicio alguna vez? . . . . . .

dines, la hez del charco para fabricar sus rosas, y ayudarse como los árboles, del estiércol, para enderezar sus ramas y prodigar sus frutos. Ese núcleo, digo, cree usted que le perdonará su osadía, aunque alegase usted que que trabaja en favor del legalismo? . . . nó: no se haga ilusiones. Cuando llevado usted por los sentimientos más nobles y las convicciones más profundas, deje oír los templados acentos de la razón y de la imparcialidad, sus más encarnizados enemigos, creyendo acaso que el Gobierno no respetándose á si mismo, pueda amparar las cobardías y los cinismos, serán los primeros en vomitar improperios contra su personalidad, pues sabido tiene usted por que manera desenfadada confundimos aquí la lucha de ideas con los ataques personales. Aquí no nos respetamos los hombres; es duro decirlo, pero es verdad. Además, como quiera que se estará usted erguido y firme en su tribuna pública, sin apelar al lenguaje soez, sus contendientes asomarán la pataza y tendrá usted que restregarles sus papeles en los hocicos, porque ni aún podrá usted apelar al terreno de los caballeros, como es costumbre, entre periodistas, allá, en los países que usted ha visitado.

Y conste que soy el primero en reconocer por periodistas dignos á muchos de esos independientes que, rechazando el lenguaje tabernario se muestran orgullosamente altivos y serenos en la tribuna de la prensa; entre ellos hay escritores á quienes distingo y respeto y quiero; hay amigos que empeñaron más de una vez mi gratitud; hay hasta adversarios que me inspiran el mayor aprecio; pero en cambio, una multitud heterogénea, lívida y llena de hiel, que tiene á menos llenar un par de cuartillas sin atropellar la gramática, de igual modo que la dignidad de los hombres, anda ahí, mezclada, amparándose con títulos robados. Ellos son los que en el vasto círculo de las opiniones y en la confusión misma de las ideas, suelen pasar, por extraño fenómeno, como hijos legítimos, cuando son los hijastros de la causa; los que fabrican periódicos-escorpiones, revelando instintos de fieras; estallando como fanfarias; apedreando como Polifemos. Para ellos iene usted que armarse de toda su sangre fría, al volver al país; cargar eternamente su revolver atestada de cápsulas la masa y al primer evento matar ó hacerse matar en plena calle. Y como esto seguramente es lo que puede acontecerle hoy, porque las pasiones flotan como en una atmósfera de incendio, prefiero verlo en Inglaterra en el suburbio; en España en la hospedería, ó en Francia en la charca; antes que desazonado y

arrepentido en Caracas, en la redacción, víctima de impenitentes enemigos.

Aquí me detengo y le dejo en paz, porque huelgan ya los consejos; pero crea usted que si he dejado correr la pluma con absoluta independencia, impulsóme la idea de hacer pasar á sus ojos clara y precisa la situación que le esperaría en nuestras emergencias políticas, porque témome muy mucho su fracaso. Por manera que, la culpa sería suya, al entrarse, á sabiendas, en terrenos tan peligrosos, después de haber salvado su concepto político, probando que no toda aquella juventud que combatió por modo heróico la dinastía de los veinte años, sucumbió incauta ni débil sozobró en la vorágine de los acontecimientos públicos, como se empeñan muchos en hacer creer, apoyándose en la felonía de alguno á quien aplastó con su montaña de desprecio la soberanía popular. (1)

¡Cómo si la traición de uno pudiese arrojar sombras sobre la dignidad de los otros! . . . . .

Y basta, porque no quiero fatigarlo más: harto prolongado he sido.

Su afmo amigo,

Q. B. S. M.



(1) Refiérese al traidor Eduardo Pepper: y conste que no es la primera vez que tales epítetos le aplico: le llamé cínico cuando en Trinidad atacó á Correa Flínter; en «El Combate» le contesté las perrerías que dijera contra don Tomás Michelena, y en «La Guillotina le grité, cobarde! cuando osó designar impropiamente en un escrito á una dama distinguida.



EL PÁLIDO

A MI AMIGO JOSÉ RAFAEL BÓRGES

Alcancé á ver á Ernestina Villoch en el fondo de un *grillé* y corrí á pedirle hospitalidad, porque el palco de la prensa estaba pleno. Cantaba «Il Trovatore,» Rawner, el tenor de voz más pura y vibrante que después de Aramburo se ha oído en los teatros de América. No había yo cerrado la puertecilla cuando apareció Paco Calvo, un noticiero del mundo elegante: traía como noticia fresca la llegada de Fernando.

—Y todavía existe ese tronera?—preguntó Ernestina.

Paco no tuvo tiempo de contestar. Fernando había surgido como una evocación en el palco opuesto.

—Qué pálido y que triste parece!

—Ha tirado toda su fortuna en menos de un año.

—Y juega?

—No señora . . . ¡ Ama !

—A que nos va á contar usted una novela de Maupassant—interrumpió Ernestina, que no toma la vida por el lado romántico. ¡ Un hombre que tira su fortuna porque ama ! tiene gracia—y encogiéndose de hombros se puso á recorrer con sus gemelos blancos la dilatada fila de asientos del primer piso.

—Calle ! Si allí entran las primas de Fernando !

—Una de ellas fué su prometida—añadió Paco.

—Y terminó ese compromiso?—pregunté yo á la vez, interesado por aquella indolente rubia de traje azul.

—Creo que sí. Fernando abandonó la Habana por seguir á Helene Scholl, aquella parisién de formas estatuarias que tanto llamó la atención en la temporada del año pasado. Era una rubia de pelo negro, que las hay, y de extraordinaria belleza. Venía de Saratoga; aquí conoció á Fernando, en una soirée del General Méndez Casariego, aquella en que hizo su entrada por primera vez la encantadora Mignón en el Gran Mundo. Fernando y Helene bailaron el primer rigodón; el resto de la noche se la pasaron, cogidos del brazo, remolineando por los corredores de Palacio; cuando á horas avanzadas se despidieron al pie de la reluciente escalera, llevaban ambos los pechos inundados de amor. Fernando la siguió á todos los paseos, á todos los teatros, á todos los bailes, excursiones, fiestas, y aún visitas, porque giraban en la misma esfera. Llegaron hasta identificarse en maneras y costumbres; se comprendían sin hablarse; se amaban, en una palabra, á través de cien obstáculos que habían creado sus familias. Fernando intentó una vez verificar un viaje á la América del Sur y retrocedió á los veinte días; estaba ligado á aquella mujer, como un insensato á un imposible.

A poco Helene le anunció que iría á veranear á New Port, y allá fué Fernando á bailar con ella cotillones y á comprar coches y á apostar en las carreras de Long-Branch, donde la fortuna le fué infiel.

Para esta fecha empezó á notar Fernando cierta tristeza inexplicable que ella se empeñaba en ocultar: los cambios de lugares se hicieron frecuentes; de New Port la familia de Helene salió precipitadamente para See Cliff: de allí emprendióse un viaje inesperado para Buffalo; era la vertiginosa marcha de la desesperación, que habló alguna vez Paul Bourget; iban en tren expreso. La impaciencia se apodera entonces del infeliz Fernando, y estableció desde ese instante una corriente de vigilancia entre su amor y sus celos, ruín y espantoso sentimiento que trae de la mano la catástrofe. Toda entrevista le fué negada y ello aumentó su tortura. Un puñado de frases mudas y desesperantes se enviaban aquellos dos seres á traves del odio de una familia, porque la familia era el obstáculo. En este período doloroso fingió Fernando oprobios, inventó hasta bajezas; la situación se hizo imposible. Cuando sospechó la razón del conflicto, pues que aquella familia tenaz se había propuesto romper el lazo que los unía, Fernando empezó

á jugar como un rabioso; agotaba la vida en el placer y corría, como un loco, por medio de la animación humana en busca de una tranquilidad perdida; el sentimiento único, el ansia; un ansia desenfrenada de dicha!

Una noche que regresaba del Club tropezó con un séquito matrimonial . . . . . .

Helene se había casado . . . .

Ernestina que se había reído de aquel principio de novela permaneció silenciosa después de las últimas palabras, que Paco dejó caer pausadamente de sus labios.

—Pero esa extraña palidez de Fernando no parece ser de una enfermedad moral!

—No: esa palidez proviene del veneno.

Yo volví, sorprendido, la cabeza.

—Del veneno?

—Sí; es un hombre que ha descubierto la manera de suicidarse lentamente.

Esta vez, Ernestina se inclinó un tanto inquieta hacia Paco, que añadió:

—Se envenena con morfina . . . .

La maravillosa voz de Rawner empezaba en aquellos momentos una de las más bellas arias de «El Trovador.»

Nueva York: 1892.





IDEAS DE UN EXPERIMENTADO

Mi buen Julián: te ha salido una tirada de lirismo agena á tu antiguo estilo espistolar, mi pobre amigo. Has caído del anhelo tembloroso de tu dicha, á la irritación del infeliz desengañado. Estás enamorado de tu Carlina, como el ficticio Larcher de su indomable Coletta.

¡Dios mío, y cómo me has hecho leer por tercera vez la admirable producción de Bourget: al volver la última página me dije:—Qué manera de copiar á «Claude»!—Sí; has copiado al héroe de esa rara novela, hijo mío, y esa copia es indigna de tí. ¡Un hombre que se reía del amor: y ahora anda enfermo por ahí, turbado y triste, como primerizo sustituido! Uno que conocía á fondo el *flirt*, y no conocía la *maitresse!* Vamos, que has caído del alto concepto histórico-amoroso en que te teníamos todos.

Es imposible analizar una mujer de *temperamento* en las condiciones que te encuentras. Que, efectivamente, es un temperamento digno de estudio, lo es: ¡una mujer que puede aplicársele la frase del gran fisiólogo: la embarga el sentimiento, lleva los ojos bañados en lágrimas, tiene encogido el corazón; «*pero come con apetito y repite el plato . . .*» Es una mujer adaptable á la expresión de Gautier, cuando se refiere á Mlle. de Maupín: «es una dama perfecta; una dama perfectamente infiel.»

Tu semi-blonda Carlina, esa elegante de ojos claros, de brazos mórbidos, de pecho turgente, de estatura algo elevada, y algo gruesa ya, aunque bastante bien formada para inspirar pasiones, es el tipo preciso que yo había concebido para la heroina de mi novela «El otro Escándalo.»

Es mi tipo de estudio. Si lo hubieras estudiado tú! Has empleado con ella una táctica de novel, y te has perdido.

Tus deseos, que no están completamente colmados, empiezan á abrir sus alas trémulas por ver de volar alrededor de esa flor, cuasi marchita, que todavía embriaga con el resto de perfume que le queda.

No cumpliste tu misión y solo tú eres culpable: fuerza es que sufras tu ineptitud.

Fuiste amante cuando le tocaba á ella oficiar de enamorado. Te asustas, mi querido Julián, y me llamarás blasfemo, sin recordar que á ciertas mujeres deben dejárseles momentos traidoramente incidentales para que desempeñen funciones extrañas á su sexo: el *flirt*, provocado por ellas, ese *flirt* de sensaciones, nuevas en absoluto á sus cerebros preñados de ideas confusas y agenos á todo eterno afianzamiento.

Cuando me dijeron que habías roto aquella que tan impropiamente llamaste «cadena de oro»—me quedé absorto.

A la noche siguiente te sorprendí en el teatro, melancólicamente reclinado en la butaca, fija la vista en el palco de ella, tan abstraído, tan pendiente de sus movimientos y de sus miradas que dije al oído de mi compañero:

—Mi pálido Julián está hipnotizado: mi pálido Julián parece muerto!

Y en verdad: me fingí uno de aquellos personajes de cera, admirables inmóviles, que se mantienen en *El Eden Musée* de la calle 23 de la gran ciudad americana. Estabas adherido al asiento, como el desgraciado á su idea más lastimosa.

Carlina no te veía, pero te observaba. Desconfía siempre de las mujeres que no te miran. Con su triunfante languidez, con ese abandono de la mujer que sabe se la está amando á hurtadillas, desde lejos, con ansiedad, con pasión, con delirio, se estremecía de placer pensando que sufrías: la atrocidad de la ruptura te estaba haciendo daño todavía; y ella aparentaba indiferencia cuando se moría en el principio del desastre. Es una inteligente experimentada que sabe ocultar las convulsiones más profundas: sería capaz de mantenerse inmóvil en medio de una catástrofe por no confesar que el susto le rompía el corazón.

A cada rato presenta un contraste.

Ha pasado por sobre sus veinticinco años esa mujer sin proferir una queja: estoy seguro que es una virgi-

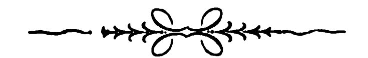
nidad intacta, no obstante haber gozado ya las palpitaciones anticipadas de sus nervios implacables.

—¿Por qué se ríe, me interrogaste una vez, con esa risa diabólica de la coqueta escandalosa, cuando suspiro junto á ella? ¿Por qué se bañan sus pupilas de llanto cuando la repudio: por qué?

—Porque no la supiste comprender.

Es una enferma de experimentos puramente fisiológicos, que en sus horas áridas no debe contradecírsela; irrefrenable en el deleite se abandona y olvida todo, pero no embarga el corazón.

Y llora esa criatura!—me dirás.—Sí, llora: porque esa enamorada sin amor, está dominada por una idea: la idea del delirio, que ella equivoca con el amor, un amor que persigue, pero que á cada instante se le complica acabando por maldecir lo que principió por desear ardientemente: en esa mujer, digo mal, en todas las mujeres de esta especie he visto yo abismos espantosos de hastío, insondables abismos de tristeza.—Tuyo, ERNESTO.





EL GRAN VOLTAIRE

. . . .

Voltaire había brindado generosamente sus conocimientos á aquella Nación, á quien sin duda alguna dió fuerzas para quebrantar más tarde su cadena de ignominioso baldón, y le dió fuerzas, también, cuando corría causada ó inválida, á detener la espantada familia de los reyes en el histórico pueblo de Varennes; él había desafiado sin más escudo que su genio, sin otro apoyo que su filosofía, á los enemigos del pensamiento libre, arrostrando con heroísmo sobrehumano, todo el odio de los hombres, todo el furor de la tierra y toda la cólera del cielo; él era la inmóvil, gigantesca fortaleza donde se estrellaban las lanzas de los más atrevidos combatientes; había arrancado el santuario de su alma; esas hijas de la luz, que desparraman fulgores, como la flor--idea arrancada del cráneo, desparrama perfumes al soplo fecundo de la libertad; había reído al fin, con la risa más sublime, contemplando desde su espantoso reinado, su gloria sin prestigio, su nombre despreciado y su memoria maldita.

Y era demasiado grande el Patriarca de Ferney, para doblegar su genio ante sus detractores; demasiado noble para pulular con el clero cerca de aquella corte disoluta, donde el viejo pilar de la monarquía balanceaba en medio de los abates *emperifollados* y los escandalosos caprichos de la marquesa de Pompadour. Y sin embargo, se exasperaba á veces el filósofo y á veces perdía la moderación y combatía con ese vigor de omnipotencia, que tan bien sienta á los hombres de genio;

combatía, decimos, con la cólera altiva del atleta, á sus encarnizados enemigos; porque está bien la cólera en el genio, como la luz en la oscuridad de la noche, como la tempestad cuando se sacude el océano.

Tal fue aquella lucha de consecuencias imperdonables, en célebres diatribas con Maupertius; las impertinencias con Federico II y la sangrienta guerra literaria librada con Desfontaines. Ya para entonces el venturoso autor de la *Henriada*, había presentado con éxito sus dramas *Edipo* y *Zaira*. Su nombre, con fabuloso éxito, también, resonaba por Europa. *Bruto*, la tragedia inmortal quemada por el verdugo, lo había elevado como Marengo á Napoleón. Era el perfil del siglo dieziocho, como fue Hugo el gigante del presente. *Merope*, fué su más atrevido triunfo: su derecho á la silla vacante en la real academia, siendo su más triste desengaño. Fué su más alta gloria la *Henríada* y el sello de su reputación dramática la tragedia *Irene*. (1) Fué el más temible de los sofistas, pero fue el más grande de los filósofos de entonces. Dicen que Voltaire tenía el veneno del manzanillo, pero veneno que presentado en copa de oro, parece como licor templado en los fuegos del infierno; Voltaire era implacable, tenía la horrorosa serenidad del león ante su presa; era su influencia perniciosa al pueblo; fué el Satanás de la Francia, como lo fué Maquiavelo de la Italia; más no era la perversidad que se imponía, era el titánico verdugo que levantaba el hacha de luminosas ideas sobre la cabeza de los fanáticos: la espantosa Providencia de los incrédulos.

¡ Debió ser muy grande el gran Voltaire, dueño de su región y su elemento !

¡ Cómo arrojaría á la faz de los retrógrados su estridente carcajada !

¡ Cómo vibraría la frase en sus escritos, cuando fueron directamente á clavarse en el corazón de sus contrarios !

En medio de la obscuridad de la Francia de entonces, brilló un vivo relámpago: la risa de Voltaire, que usaba su derecho de venganza contra el poder monacal; aquel apóstol de la razon llevaba el cinismo en el alma, la ironía en los labios, la impiedad en los arcos de la pluma, la cólera audaz de los desesperados en el corazón. Luchando con lo imposible murió aquel hombre siniestro, aquel genio incomprensible, aquel Dios del

(1) Notas que se ayudan en varios autores modernos.

pensamiento libre que, surgió súbitamente, como una profesía del destino. Rabelais no ríe como Voltaire: Rabelais desgarra; Voltaire asusta; pero no mancha.

Doce años después de aquella noche memorable en que un ministro del altar rehusó dar sepultura á su cadáver, el glorioso muerto de la Francia triunfaba de sus enemigos llevado al Panteón, á ese verdadero Panteón, donde reposan las cenizas de los *grandes hombres.* Fué aquella apoteósis de la filosofía, como reto lanzado á la frente de los Tiberios y Seyanos: la inteligencia que entraba vencedora en la ciudad de Luis XIV, sobre los gigantescos hombros de la Libertad; y era aquella gloria póstuma del genio, como enseña que conducía el torbellino de la revolución, esa fermentación de ideas y de hombres, de gritos y de aplausos, de escándalos y de asesinatos, que se convirtió más tarde en la horrible carnicería del Terror.

La Revolución nació con Voltaire, tal vez con sus ideas; creció con los inspirados arrebatos de Mirabeau, con las turbulencias de Camilo Desmoulins; tuvo las tempestades de Dantón; rayó en furor con Marat; en entusiasmo con madama Roland; en venganza con Carlota Corday; en idealidad con Vergniaud, en fanatismo con Saint Just; lloró sus víctimas después de haber sido verdugo; tuvo su expiación en Robespierre; su agonía en el cadalso.

Voltaire había tejido la guirnalda de laureles con que orló Mirabeau la frente vírgen de la revolución; Robespierre la había arrancado, la había arrojado á sus piés, la había pisoteado en los peldaños de la tribuna... Voltaire la habría recojido, la habría deshecho sobre la frente de aquel hombre! Voltaire era demasiado grande para no haber vengado el ultraje hecho á su patria. Nació á tiempo y murió á tiempo. Nació cuando sonreía la Francia; murió cuando principiaba á temblar.

1890.



LA ZARZUELA

Á DOMINGO ALAS QUE HA ESCRITO UNA

Habana: junio de 1891.

Querido amigo:

Por los periódicos de Caracas he sabido el estreno de una obra tuya: una zarzuela—y una zarzuela que se intitula «Las dos deshonras,» á legua se descubre que es un hermoso drama perdido, inutilizado, como lo está «El Anillo de Hierro» y «El Reloj de Lucerna.» Concibo que se gaste el ingenio, pero que se gaste el talento en eso?. . . . Este género de *verso con música* lo han comprendido los franceses con «Adriana,» «Mascotta,» Bocaccio,» «Gran Magol,» «Nitouche,» etc., frivolidades poéticas, primorosos juegos de frases y epigramas traídos para reemplazar la empalagosa dulzura del romanticismo y velar un tanto el género que priva: el naturalismo con todas sus brillantes y refinadas desnudeces.

La zarzuela es una mentira literaria. Los que la toman en serio pierden su tiempo: en prosa, debilitan el generoso idioma de Cervantes; en verso, esterilizan el noble ritmo que obedeció á la inspiración de Moratín y Lope.

Lo demás es un derroche imperdonable, que sólo cabe en las producciones satíricas ó baladíes.

Marina, por ejemplo, se ha convertido en ópera, si cabe:

es un poema excepcional en el repertorio moderno: una música selecta, inimitable, un canto quejumbroso que contesta á los gritos destemplados de todos los dramas-líricos llevados á la escena del teatro español. El olvido es el único horizonte de esas obras consagradas á violentar las fibras del corazón humano, en un siglo que persigue el placer, la dicha y la ligereza hasta en el propio dolor.

En el mismo público inculto, ese público amigo de las lentejuelas y las túnicas cursis, se deja ver la poca influencia que ejerce en él el drama lírico. Anunciad en un teatro «Los Belenes» ó «El Certamen,» y en otro coliseo, la misma noche, llevad cualquier drama-lírico: el resultado no se pregunta; triunfan «Los Belenes.» Y estas piezas de recreo, piezas falsas de un acto, no se combaten ni se vencen con el lirismo; hay que echar mano del espectáculo grandioso, actos deslumbradores de riquezas escénicas, efectismos de trages, de bailes y de amoríos insustanciales: es un disparate un ósculo de amor sincero con música de zarzuela: un ay! desgarrador al lado de un *riquitrúm*. . . . con su correspondiente sonido de timbales y castañuelas.

Estoy plenamente convencido, sin haber presenciado el estreno de «Las dos deshonras» que, hay magníficos versos en cada escena y soberbias inspiraciones en cada acto, que, el latido de las flautas y el árido chillido de los violines han destrozado, sin que me quepa duda, mi querido doctor. Y no es mi intención decir que el maestro Villena, á quien respeto, desautorice tu obra con su música, no: es que toda música, en todo drama, es lo que un traje rojo en un cortejo fúnebre.

¡Cuánta más gloria, más honra y más provecho para tí haber trocado esa zarzuela en drama! Que no gusta en Caracas el drama, me contestarías, porque es producción venezolana, y ¿bien? que no gustara. ¿Crees por ventura que lo que se produce aquí le gusta al público habanero? Va á buscar éxito á Madrid y á Barcelona y con este sello viene á pedir el aplauso que se le negó en la Habana, porque no llevaba el pase de la capital de España.

Que lo diga Luisa Martínez Casado: su gran éxito aquí lo debe á los alcanzados en Madrid al lado de Calvo, Vico y la Mendoza Tenorio: la patria es exigente y severa con sus hijos, y hay que conformarse, Doctor.

Por otra parte, la verdadera inspiración del poeta ha de amoldarse en mucho á las exigencias musicales, y concluye por obedecer á un imperio tal, que, el autor se apercibe del dominio que ha ejercido la nota sobre la letra,

después que se ha representado la obra. Por algo me decía Aniceto Valdivia, el más notable de los críticos cubanos:—Si yo fuese dueño del Gran Teatro, no permitiría que allí se instalasen zarzuelas ni *fantoches:* ópera ó drama.—Y tenía razón Valdivia cuando así se explicaba: los actores de zarzuela ni son actores ni cantantes; el que sabe decir bien un verso no levanta una nota, ó viceversa. A esto me dirán que, en otras épocas yo tuve la audacia de rendir pleito homenaje á muchas tiples. Sí, primero mi falta de tacto y juicio; segundo, el escabroso campo en que ejercía mis funciones de redactor: todo contribuía á desbordar mis ideas en pro de *artistas* que hoy me desalientan en grado sumo. Ayer mismo escribía yo á Caracas defendiendo nada menos que á una tiple intolerable; lo hacía por algo que hoy declaro en nombre de mis convicciones: por *mortificar á alguien* con quien se me alcanzaba habría de «fajarme» alguna vez. . . . Eso.

Además, en zarzuela no puede haber eminencias: hay actores de zarzuela discretos; los mejores vienen á la Habana, y muchos de los que hemos aplaudido en Caracas, andan por estos sitios que dan lástima; los mejorcillos pasan, que es mucho. Ahí están sin contrata las celebradas. . . .

Ya me iba yo apartando del asunto principal. Decía que podías haber trocado la zarzuela en drama, y lo repito, porque entiendo que tu zarzuela abunda en austeridades literarias y romanticismos dramáticos. ¿Qué faltaba? ¿Escenas trágicas? Tus facultades te permiten eso; te han servido de estudio «El Galeoto,» «El Drama Nuevo» y «El Nudo Gordiano,» los tres más notables del modernismo español. Y del francés están «Patrie,» «La Tosca,» «Odette». . . . Escuelas que andan de moda y que empiezan por derrotar á las producciones antiguas.

Convéncete: la zarzuela va decayendo y esa decadencia continúa á pasos presurosos, porque se impone el juguete cómico, insustancial y falto de sentido común; á la música sublime sustituirá la música de *marionettes* en ese género. Sobrevive, sin embargo, en música sublime, la ópera, porque está exenta de ridiculeces: no así la zarzuela que recurre á los más infelices anacronismos y abusa de las más deplorables imitaciones ó plagios musicales para sus efectos. Así se ve como en la mayor parte de los dramas-líricos, va la risa mezclada al llanto: una mueca ridícula á un suspiro de amor; una actitud solemne á una mímica de histrión. Despojada de sus

oropeles la zarzuela aparece, tal como es, una insensata parodia de la ópera y el drama. De ahí su derrumbamiento moral; y de este derrumbamiento, apenas si se salvarán, en medio de los lamentos artísticos, las producciones francesas pobladas de alegrías, de gestos y de chistes; las españolas de un sólo acto, con sus saltitos y sus imitaciones francesas; acaso muy pocas, de la talla de «La Bruja» surgirán pidiendo puesto entre la confusión artística.

Cabe aquí manifestar, mi querido Doctor, que no ha sido mi intención arrojar sospechas sobre el mérito de tu obra; aplaudo tu esfuerzo, pero no lo aliento, como algunos periodistas de ahí, que desean continúes trillando el género: soy franco y soy tu amigo y estoy lejos de esa atmósfera artística de Caracas, y puedo por lo mismo asegurarte que no priva el drama-lírico; y aquí como en Madrid, actualmente se llevan á la escena los dramas-líricos los días de fiesta, en que sale el público de mostrador, poco ilustrado, á aplaudir inconscientemente, á la cazuela, la inexpugnable trinchera de los teatros. Los demás de la semana funciona el repertorio chistoso : las familas se guardan mucho los días de dramas-líricos: quieren lo trágico, absoluto: y lo lírico solemne, sin adiciones.

Me decía la Sinnemberg, cuando regresó con Gambarelli: «Comprendo la zarzuela como un vaso de agua con azucarillos . . . por la necesidad de refrescar la laringe.» Bien dicho. Por no andar uno siempre con la cara amarrada, como un granadero, se puede aceptar *el verso con música*, y de ello se puede echar mano, como en un día de aburrimiento, se va uno al Circo, á oir el clown. Voy exagerando ¿verdad? Si continúo digo más, porque recuérdote que estoy en el país de la zarzuela, donde se llega á un teatro, y lo primero que se ve es, una fila de palcos llena de tiples, barítonos, tenores y bajos de zarzuela, con ó sin contrata, pero en abundancia increíble. Una especie de Milán zarzuelero, que es La Habana; punto á donde vienen á parar todas *las eminencias* y las mediocridades del género.

Cada día llega «el correo» de España con nuevas zarzuelas en un acto: nadie se atreve ó quiere aventnrarse en las de tres, á menos de escudarse con el nombre de Vital Aza ó Ramos Carrión; cuando más de dos, y con todo: sin el guitarreo y el *canto flamenco* ó las imitaciones francesas el éxito es dudoso. Supongo que lo uno ni lo otro tiene tu obra; y el éxito seguramente lo debes al poderoso esfuerzo intelectual que has desplegado en

los diálogos tan frecuentes y oportunos en tus producciones. Sinceramente, amigo mío, me complazco en saber que todavía quedan escritores que luchan con las contrariedades que á cada paso se presentan á los amigos de la letras en nuestra cara patria; pero también deploro que se empeñen en perseguir la decadencia, cuando hay campo abierto á la lucha titánica y gloriosa en el drama y la novela: en uno la escuela de Sardou, en otro la de Daudet.

¡ Con cuanto más placer me hubiese holgado escribiendo en pro de un drama tuyo ! Seguramente Villena no te habrá fastidiado con música de organillo, pero te pondría barreras insuperables, á modo de postes de teléfonos en aceras amplias . . . Y para misiva, basta.

Tu amigo y compatriota.





LA PLUMA

Cuando llego afligido y medio loco á mi habitación, encolerizado contra el destino, maldiciendo á la sociedad que no puede darme lo que ambiciono; cuando me siento los ojos preñados de llanto, y la mente de recuerdos; aniquilado el corazón y el alma moribunda ó enferma, me arrastro como un mendigo hasta agarrarme á la tabla del escritorio, para pedirle una limosna de consuelo á mi querida: ¡ á mi pluma!

Ella está allí, muda, negra como mi dolor, como mi dolor inmóvil, con sus picos tendidos sobre el borde del tintero.

Es la única que fielmente me acompaña en las horas sombrías; la única que traduce con sus rasgueos mis sollozos; la única que no me abandonó cuando envié el último adiós, desde la ribera, al suelo patrio.

A ella le comunico secretos que no hubieran salido jamás de mis labios . . .

Con mi pluma la imaginación vuela libremente: parece que se muestra dichosa, abrasada por el fuego de mi mano; acaso tiembla de placer acariciada por mi pensamiento, y rueda convulsa sobre las cuartillas, envuelta en el enjambre de mis locas ideas.

Dicen que el alma con frecuencia va á sentarse al lado de la materia sin tomar parte en sus goces, y es verdad; mientras más cerca de la carne estamos más lejos de nosotros está el alma; estos desposorios son frios y fugaces. Los desposorios del pensamiento, esos en que la pluma es la novia, son eternos, sublimes: es acto interminable de himeneo dándose ósculos constantes, verdade-

ros ósculos de amor: el pensamiento y la pluma se estremecen juntos; juntos lloran ó ríen; juntos se condenan; juntos van á la gloria y hasta juntos van al crímen.

Hay momentos en que el alma está bajo condición tan especial y tan tremenda, que no hay goce alguno que pueda aminorar su estado de violencia. Entonces se echa mano del libro: no se lee, se hojea; es un tormento la lectura. Se fija la vista en un capítulo, y ya la imaginación está haciendo de las suyas, es decir, comparando la menor majadería con el dolor que nos acosa; se va oprimiendo lentamente el corazón; párrafos sublimes se nos antojan imperdonables nimiedades: . . . la irritacción llega al colmo y hay que tirar el libro . . . Sucede lo que con las aspiraciones frenéticas: que á fuerza de desear se repudia lo que tomó proporciones gigantezcas antes de poseerse. Más, la pluma, de suyo generosa, compadecida de nuestro dolor, dispuesta está siempre á compartir todas las situaciones del hombre, y se hace dócil al deseo; maravilla seguir su vertiginoso movimiento entre los dedos, cuando empieza á derrochar pensamientos, á brotar frases y á estirar ó encoger líneas, según el sufrimiento ó la desesperación.

Ah! Es que la pluma es una querida incondicionalmente virtuosa: es la más noble, la más honrada, la más fiel amiga de los hijastros del dolor.

Con una pluma se hace bambolear un trono.

Con la pluma se toca á las puertas de la inmortalidad.

Con la pluma puede uno reirse del género humano.

¡ Bendita sea la pluma !

1891.



LA RISOTADA

A RUBEN DARIO QUE HA ESCRITO «LA RISA»

—

Una risotada es un insulto . . .

Yo no sé como puede reirse así, con toda la boca, tan formidable, tan estrepitosamente, que se ríen algunos !

La risotada tiene algo de las exclamaciones salvajes: en ella se trasluce la mueca del mono y el bufido de la fiera. ¿Tendrá razón Darwin; tendrá razón Zolá? . . . Si es verdad que el hombre tiene ímpetus que le traicionan revelando sus instintos de bestia, la risa desenfrenada y brusca es, á no dudar, una prueba irrecusable.

Una cara retorciéndose á los impulsos de una risotada me hace el efecto de ciertas cabezas de bronce, que á guisa de buzones de correo, están con el tragadero abierto eternamente, ostentando sus colmillos robustos y sus lenguas gordas, al aire, en son de burla cínica: cada vez que he ido á echar mis periódicos ó mis cartas por ahí, he sentido escalofríos.

La risotada es una grosería que regularmente goza de impunidad, como otras muchas cosas.

Figuraos una risotada en un banquete: es para echar poco menos que á escobazos al que osó lanzarla.

Una risotada se puede perdonar en un círculo de calaveras, de holgazanes, á las puertas del Club; pero en un salón de baile es siempre una insolencia; es un frasco de ácidos arrojado en una alfombra blanca. Los

grandes pensadores, los grandes poetas, los grandes hombres, los genios, no gastan estas risas explosivas. «Los Miserables» de Hugo, llevan el ceño arrugado; «L' Intermezzo» de Heine es misántropo, sombrío; «El Hamlet de Shakespeare trágico; Gil Blas saliendo de la casa solariega, con su mulo lleno de cascabeles hará reir; pero él no ríe; el trotar del tísico rocín de don Quijote, produce lástima, pero no risa. La risotada parece un aviso, es como un presentimiento; rompe como una descarga eléctrica. La risotada de Rigoletto es el grito de dolor más espantoso que yo he oído; la risotada de la tempestad es el trueno; la de la guerra con Carlos XII se traduce en el sonido de su caracól salvaje; la de la muerte es silenciosa: es una mueca . . .

En la oscuridad de la noche, allá, en el fondo de la alcoba, cuando el espíritu agitado busca como un refugio el lecho, surge el insomio . . . y se oye como apagado rumor la risotada del recuerdo.

Para los infortunados de la vida el porvenir es una risotada: una montaña de aire que tiene el vientre abombado de mentiras.

¿Qué fué Sedan, sino una risotada?

La risotada del criminal es lívida, la del traidor epiléptica; dicen que la de César Borgia, aquel formidable asesino que murió como un héroe del Ariosto, era biliosa; la de Catalina de Médicis histérica; la de Nerón era una risa de canalla.

La víspera de la batalla de Waterloo una sombra fatídica tiznó la frente de Napoleón: era la montaña de aire . . . la carcajada del destino.

Cuentan que Venecia, la ciudad que al primer soplo de la primavera se corona de jazmines, empezó á reirse un día como una desaforada: á la mañana siguiente apareció Atila fatídicamente encaramado sobre su pálido caballo . . . y sucumbió Venecia.

La risotada no es la risa: la carcajada de los dioses es titánica; la carcajada homérica es la expresión más sonora de la Grecia; la de Roma con Mesalina fue impúdica. La usurpación es una risotada que revienta en la gradería del trono: el pueblo la oye y se estremece, porque es el desafío, el ultraje hecho á su soberanía y á sus glorias. Un diálogo que termina con una risotada es la una conclusión brutal del suburbio ó la covacha: esa catarata impetuosa que brota á plena garganta, es una lluvia de piedras que se lanza al rostro de la humanidad; esa risa que desgarra, que hincha los carrillos, que pone

apoplético el cuello, que franquea la laringe, estropeando las mandíbulas y destrozando los dientes con sus ruidos de cencerro es la risa del zafio, la risa de mostrador, la risa de café cantante, la risa de mujerzuela, de bandido, de presidario, de ladrón de honras, de cobarde y de asesino: ¡ malditos sean los hombres que se ríen así ! . .

Matanzas: Enero de 1892.





LA ULTIMA CONQUISTA

Oliendo todavía á papel húmedo y á fresca tinta de imprenta, leí ese admirable libro de D' Aurevilly: «El Dandismo,» de cuyas páginas surge altivamente hermoso, Jorge Brumell, elevado por modo ambiguo al pináculo de la corte de Inglaterra. No obstante la preferente descripción de este personaje, fijóse toda mi atención en los últimos folios, en aquella especie de epílogo del dandismo, donde, por manera súbita y acaso para llenar las hojas vírgenes del pliego, forja D' Aurevilly la figura de un Don Juan de vida alegre, que lleva aspiraciones á milagros de analogía con aquel mago del mundo londonense.

Brumell cifró su religión en una sola palabra: conquistar. Don Juan la traduce; más claro, la relaja y la silba voluptuosamente: conseguir! Es el epígrafe de sus obras.

Figura de tentación es, á no dudar, ese hombre que se refleja de igual manera en la burguesía y en la aristocracia de todos los tiempos, y cuyo resultado es una blasfemia erótica, cuando no un plagio estúpido; porque visto se está que, el joven de nuestra época es un ser inútil en materia de «asimilaciones;» toda su omnipotencia se reduce á idolatrar su YO: anda muy convencido de entender el *sport* hasta en la política, lo que es una conclusión brutal de «fin de siécle.»

Vagamente flota, como una sombra, en mi cerebro el relato de Don Juan: es un tipo de ojos verdes y barba afilada; tipo encantadoramente peligroso para el sexo femenino. Por ello un grupo de hermosísimas mujeres,

antiguas conquistadas, que diría Turguenef, en formidable complot improvisan original banquete, le citan una noche, y allí lo tienen adorado prisionero, oyéndole con silenciosa abnegación el relato de su mayor y más preciado triunfo.

Préstase á exaltar la imaginación mejor templada el prodigioso desenfreno literario que campea en estas páginas. Unicamente puedo comparar la emoción que experimenté con su lectura á la de mi primer encuentro con el genio del autor de «Las castañas de fuego.» D' Aurevilly pone á la vista iluminadas por los resplandores de la más brillante poesía los rostros todavía frescos y rosados de aquellas damas del gran mundo, sentadas al rededor de nna mesa bien servida; se ven los escotes perfilados de encajes, estremecidos al ondular de maravillosas morbideces; palpitan los brazos desnudos y redondos que reposan sobre el abultado mantel rojo; andan mezcladas las cabelleras rubias á las vaporosas negras y lucientes, y semeja el luminoso contraste, rara estela de cieno y luz al llamear de las bugías; brillan encendidas las piedras de los anillos, como rayando el aire de venas multicolores, de reflejos de iris; está moviéndose allí un mar de voluptuosidad, de perfume, de pasión, porque grandes ojos relampaguean de avidez, porque labios medio abiertos dejan escapar respiraciones que caldean la atmósfera y porque todas ellas tiemblan de ansia de saber, por que modo diplomático aquel desaforado, aquel nihilista del placer hace el exámen analítico de «una,» entre todas, y la presenta, con su acostumbrada osadía, triunfadora, á las miradas codiciosas del congreso femenino.

Y todas se están allí inmóviles, sin interrumpir la narración de Don Juan ¡el monstruo! que se complacía en acariciar las frases blondas, nutriendo el poema de símiles, como nutre la yerba de veneno á la oruga de donde ha de nacer la mariposa. Y brotó al fin de los perfilados labios de Don Juan, hecha virgen, una niña pálida, un comienzo de mujer, delgadilla, nerviosa, con su fisonomía de medias tintas; una niña que salía huyendo del salón cuando él llegaba de visita á ver á otra: ¡á la madre!

¿Qué sugestión, qué hipnotismo, qué poder singular ejercía el cínico en el espíritu enfermo de la pequeñita? Ella, dicen, se doblaba dolorosamente, como si una pesada corniza le hubiese caído sobre el cráneo, cuando Don Juan le acariciaba su cabecita poblada de cabellos castaños.

Una noche la sorprendió en la sala: ella quiso huir,

pero se quedó como clavada de espanto en el asiento; luego, se acerca vacilante, se sienta á su lado, y empieza á escudriñar con mirada de asombro «al hombre. . . .» Una prolongada contemplación en que la mujercita se turba, se llena de inquietud, siente que el espíritu se le exalta, que se le hincha el alma y quiere salirle por la pupila! . . . Súbito se yergue y con las mejillas encendidas, enviando su última mirada á Don Juan, se escapa del salón y dándose á correr fué á ocultar su llanto incomprensible, allá, en un rincón de su camita.

Cuando llena de zozobra fue la madre á preguntarle de tan súbita aflicción, ella le echó los pequeños brazos al cuello y con una vehemencia impropia de su edad, mordiendo las palabras que le salían entre sollozos, le gritó al oído que: Don Juan la había conquistado! (*)

Este hombre implacable, acostumbrado á vencer por voluntad, que describía un círculo diabólico al rededor de una mujer hasta dominarla, que era indiferente, aún al halago de aquellas que palpitaban á su lado con todos los florecimientos y con todas las plenitudes de sus pasiones, ese Don Juan absoluto, confesó con una sinceridad de niño de quince años que, la mujercita de traje corto había sido su mejor conquista.

Todos aquellos gentiles rostros de olvidadas se encendieron de rubor ó de despecho, y estrujando las frases irónicamente, levantaron las copas de espumoso champagne para brindar por la última conquista de Don Juan.

Nueva York: junio de 1892.



(*) El libro trae una frase más cruda, que no me atrevo á estampar en este artículo.



DE POSTRES

Rompí el sobre y leí:

«Mi buen amigo: Vengo de despedir á Paulina que «marcha ya con dirección á Fraucia. No soy capaz de «darme cuenta todavía de lo espantoso de esta ausencia; «pero lo aseguro que me siento tan desazonado, como «aquel Raimundo del Casal, que no se atrevíá á comer «sin un amigo después del desastre con la marque- «sa de Tellieres. Si llego á la mesa sólo, creo que no «alcanzo á los postres. Acompáñeme usted, amigo mío. «Afmo. Andrés.»

Poco halagueña era la invitación: más venía de un camarada antiguo, de un valiente que por primera vez tenía miedo.

Cuando llegué al Restaurant, Andrés que me esperaba impaciente, y sin darme tiempo á pronunciar palabra, estrechándome fuertemente la mano, me dijo con ansiedad:

—Gracias! Es usted el más noble de los amigos: no se como pagar esta deuda de afecto . . .

—Pues, dándome de comer le interrumpí riendo—y acto contínuo nos sentamos bajo los auspicios de una falsa animación.—«Andrés tiene razón»—pensaba yo luego, en el trascurso de aquella comida, apenas salpicada de monosílabos, «se necesita valor para devorar sólo un ala de perdiz, despues de una despedida.» Mi amigo comía con impaciencia, como si se le escapacen las viandas, lo cual le hice notar en medio de una broma.

—Ah! esta impaciencia temblorosa—me respondió—es

el primer síntoma de un dolor que al fin ha de vencerme.

—De manera que esa despedida ha sido trágica?

—Oh! no, de ninguna manera; pero os juro que he necesitado de todas mis fuerzas morales para mantenerme impasible ante el dolor oculto de esa mujer, á quien ha sostenido el orgullo hasta el último momento. Estaba altivamente pálida, con los ojos medios entornados, como si quisiera amenguar el inflamable resplandor de sus miradas, y con los menudos labios apretados, mordiendo el grito desesperado de su alma, si es que las almas gritan y el grito es la expresión más gráfica de esa locura que se apellida sufrimiento.

—Síntomas verdaderamente graves—dije—en una mujer que posée la impasibilidad hasta en el amor.

—Eso—prosiguió—eso fue lo que produjo en mí, en aquel instante, un sentimiento de compasión hacia Paulina, y que hubiérase desbordado con toda la elocuencia de mi sinceridad á no estar rodeado de pasajeros y gente curiosa, excesivamente molesta en tales casos. Sin embargo, experimenté cierta secreta alegría con este contratiempo que á la vez me evitaba los detalles de una escena dolorosa. Ya me crecía un nudo de sollozos atravesado en la garganta. Comenzaba la pena; la sentía llegar. ¡Creerá usted que tuve entonces un feroz momento de egoismo! Ví que, por manera súbita pasaron angustiosos por la mente de Paulina todos los recuerdos de ternura que había experimentado al lado mío, un torbellino de visiones sin orden, caricias expontáneas que se alojaban ahora como un tormento implacable en su imaginación: toda una vida, en fin, de placeres y delirios, que se atravesaba en el primer paso de la ausencia con su inmenso futuro de ansiedades é impotencias. Fué cuando rápido, como obedeciendo á un misterioso mandato me puse de pié, le estreché ligeramente la mano y diciéndole ¡adios! un adios glacial, pero velado con esa sonrisa en que apenas se miran las puntas de los dientes, bajé impasible de aquella nave donde dejaba el alma.

—Lo que convencerá á usted—agregué—que el mundo es de las almas frías—que decía Maquiavelo.

—Ah! le aseguro á usted que experimenté en aquel momento una valentía semejante á la de esos duelistas que, aún sintiéndose heridos se callan, llevan la mano al sitio del golpe, como para que no se les escape la vida, y mirando enérgicamente y sin pestañar la boca

de la pistola de su contrario, disparan con la mayor serenidad.

—Y después . . . Paulina?

—Después? Nuestro vaporcito de trasporte levantando blancos torbellinos de espuma, empezó á separarse de la magestuosa nave . . . Paulina echada de bruces sobre la barandilla agitó ligeramente su abanico; pero súbitamente se enderezó como si mi mirada le hubiese atravesado el corazón, y desprendiéndose de allí, huyó al fondo de su camarote, que se veía enfrente y semi-velado por cortinillas diáfanas. Aún la veo: su dolor tanto tiempo comprimido estalló en aquel instante! se ocultaba para dejar correr todo un luminoso mar de lágrimas . . .

Aquí, Andrés, como agobiado por la pena de la relación dobló lentamente la cabeza. Había terminado la comida y las copas estaban llenas hasta los bordes.—Bebamos–dije, queriendo interrumpir la trizteza de mi amigo.—«Bebamos» repitió–por la ausencia eterna.» . . .

—¿Es decir que, no tiene usted esperanza de volverla á ver?

—Nunca! Es un compromiso tácito. Ya era tiempo de poner entre nuestro amor y nuestro sufrimiento una existencia nueva: una existencia que sirva de expiación á una felicidad que habíamos violado á traves de la agonía de otro. Aunque sea por respeto al pasado, esta ausencia debe ser definitiva, inquebrantable; estas separaciones eternas tienen siquiera la heroicidad del martirio impuesto; la energía de la convicción, la altivez del dolor callado, sombrío, que goza con el orgullo de comprender que el sufrimiento no ha menester arranques de desesperación ni estallidos de lágrimas. Es el pago de una deuda, amigo mío. La suprema felicidad que obtuve un día no la quiero nuevamente alcanzar. Con ella se van todas las ilusiones, todos los florecimientos de mi juventud; con ella van todos mis alientos poéticos. De fijo que, cuando vuelva á encorvarme sobre mi mesa de escritorio, allí, donde están revueltos y en montón sus cartas y sus más caros recuerdos, que de propósito he dejado á la vista para gozarme más en mi tristeza, de fijo, digo, cuando allí vuelva, me sentiré infecundo; agobiado por la pérdida absoluta de las intensas sensaciones; sedentario de dichas imposibles, estremeciéndome bajo los escalofríos del miedo de mi soledad perpetua, espantosa. como la de las tumbas . . . Hasta la musa, esa potencia desconocida y misteriosamente bella para los escri-

tores, ha desaparecido de mi lado, huyendo de las exequias que preparo á mis escritos.

Dijo así Andrés, y profundamente pensativo miró al fondo de su copa oscura, menos oscura que su dolor, y luego, alzándola á la altura de los labios terminó:

—Sí, amigo mío; soy como aquel «Condenado» de Ruben Darío; que se bebía en su desesperación las lágrimas mezcladas con el vino.

Y Andrés apuró la copa lentamente.

Asbury Park: Junio de 1892.



LOS DESAFIOS (1)

CONSIDERACIONES QUE DEDICO Á LOS PERIODISTAS VENEZOLANOS

—

Nunca tuve la pretensión de,creer que sean verdades solamente las mías . . . . . .

BALMES.

—

Un duelo en Caracas, cuando no es cosa del otro jueves, es comidilla sazonada para los grupos de la Plaza Bolívar. Un duelo es una ridiculez, una atrocidad, una pedantería, que se yo! No hay epíteto sarcá tico que deje de aplicarse al duelo en Venezuela: en otros países donde la cultura y la civilización llega al más alto grado, al perfeccionamiento, se ventilan los asuntos de mayor trascendencia con el «Código de honor» en la mano; pero en nuestra bendita patria, donde todos debemos tener más acopio de luces y conocimientos que en otros países, para probar que no andamos reñidos con la lógica, resolvemos las cuestiones personales impetuosamente, con el rewolver, en plena calle, á

(1) Como en estos días se han suscitado algunas cuestiones personales, habiendo llegado el caso de enviarse los contendientes sus respectivos padrinos, quiero hacer constar que esta publicación fue hecha en 1891 en el extranjero, luego en «El Siglo» y hoy con ligeras ampliaciones en este libro. *Por si acaso* . . .

la vista de un público ávido de escándalos y que huelga, á mayor abundamiento, en extemporáneas manifestaciones de valor.

Bendito procedimiento!

***

Cabe aquí una advertencia, y es: que habiendo tenido que concurrir más de una vez al terreno donde van los hombres pundonorosos á cumplir con su deber, doleríame que estas Consideraciones fueran objeto de comentarios ingratos, creyendo algunos que, acaso las hago por vía de pretensión, ó que con ellas me empeño en hacer propaganda *al desafío* en mi país. Repito con Balmes: nunca tuve la pretensión de creer que sean verdades solamente las mías.

Opino y nada más.

***

Un hombre os insulta, más claro, os ultraja públicamente: la sangre encendida se agolpa á vuestras sienes, la indignación asoma súbita á los labios. Temblando de coraje, de odio, cegado por el más altivo sentimiento, lleváis precipitamente la mano al bolsillo, sacáis el revolver, y sin meditar consecuencias, empujado tal vez por vuestro temperamento apretáis el gatillo . . . . suena un disparo y cae bañado en sangre el hombre que os ha ofendido. Pasado el primer momento de ofuscación una voz íntima os grita:

—«Asesino!»—Sí—«asesino!» os gritará asustada la conciencia.

Pensad los resultados:

El desprecio público, aunque tengáis razón;

El proceso;

La cárcel;

La familia huérfana, si sois padre;

La familia avergonzada si sois hijo;

El Código Penal está suspendido sobre vuestra cabeza de presidiario, pesa sobre vuestra mano criminal.

En cambio el «Código de duelo,» único soberano del honor, en todos los países donde la dignidad y la reputación son inhollables, donde el respeto mutuo es deber· y donde la mancilla procaz tiene castigo, ese Código, repito, se hubiera impuesto sombriamente magní

fico, con sus artículos intachables, salvando, á traves de la abominación y de la injuria, vuestros más sagrados derechos.



La significación y la precisa importancia de un código de duelo se escapa comunmente á la acuciosidad de los pobladores venezolanos. Pruebas irrecusables de este no aventurado aserto son los duelos *al rewólvcr* verificado en Caracas.

¿Sábeis las inconveniencias, las dificultades, los peligros, lo incalificable y excepcional de un duelo con arma de tales condiciones?

Sin mira de mortificar á las personas que intervienen en esta clase de asuntos, es, á mi humilde entender, una muestra palmaria de inexperiencia, escojer para estos lances armas de bolsillo conocidas y practicadas por los duelistas; en una palabra, son armas legales según el Código:

La pistola, el sable y la espada.

El «Nouveau Code du duel» por el Comte du Verger de Saint Thomas, dice en su ARTICULO PRIMERO:

Toute parole, tout ecrit, dessin, geste, coup, blessant l'amour-propre, la délicatesse ou l'honneur d'un tiers constitue une offense. La ofensa, pues, puede clasificarse de la siguiente manera:

«1—Ofensa simple.»
«2—Ofensa con insulto.»
«3—Ofensa con golpe y herida.»

Hay quien no estime una mirada insultante como una ofensa: es cuestión de suceptibilidad, de temperamento, de nombre, de posición social ó política, no sé... Un gesto atrevido, una sonrisa, una palabra equívoca, son para X. una ofensa; para N... es cuestión de apreciación.

Aquí no me lanzo yo á opinar; pero si sé que, antaño se compraba el respeto con el juicio y el honrado trabajo; ogaño, por desgracia, ese respeto que se nos roba, ese fuero interno que se nos viola constantemente, hay que reconquistarlo, á fuer de caballero, *con el plomo convertido en balas y el acero templado en hojas.* Lo autoriza la sociedad, lo defiende la opinión pública, lo reclama con voz de socorro la familia. La fuerza bruta que colocaba en superiores condiciones á muchos hombres, que tenían la razón en la po-

tencia de su brazo, está vencida por la esgrima. «Esto matará aquello,» que dijo Hugo; el agente nuevo, la espada, destronando el garrote y el puñal, armas viles que degradan ó llevan á un solo fin: al presidio.

Por eso en el siglo XIX el conocimiento de las armas es tan útil como la posesión de un idioma; el nuevo espíritu de los tiempos reclama la esgrima á todo trance; y más aún, en Caracas, donde el derecho de palabra y de acción alcanza á tanto que, cualquiera se cree autorizado para injuriar ó maltratar al adversario en público por encontrarse más fuerte y poderoso en su constitución física.

Es una libertad que va muy lejos, esta libertad, al amparo de leyes liberales y constituciones generosas: por demasiado liberales las unas y generosas las segundas, son insuficientes para proteger el honor individual. A nuestras luchas sociales se les puede aplicar aquella admirable fórmula de Madiedo: «Un hombre le dice á otro feo, este responde por una injuria atroz, esa injuria atroz se contesta con una bofetada y esa bofetada con un balazo.»



Admito el duelo.

En guardia, con un sable cortante ó una espada limpia, al frente de un hombre que os arrojó á la cara frases insultantes, que os difamó por la prensa, ó que intentó ultrajaros de obra, es la más hermosa de las aspiraciones de venganza. Allí no se mide la talla de ese hombre; la serenidad, la firmeza, la vista tendida al par de la hoja; la solemnidad del momento mismo os dan un valor que no imaginásteis poseer. Dominad siempre; ni un instante débil; no zozobréis un minuto; pensad constantemente que ese adversario no tuvo escrúpulo para maltrataros, como no lo tendrá para mataros.

De igual manera empuñad la pistola; no desviéis la mirada, ahogad *todo recuerdo;* fijaos que hay allí otra pistola que apunta á vuestra frente; no tembléis; contened el aliento; siempre «el punto de mira.» Desde que estáis ahí, firmes, y levantando el brazo, pensad únicamente en matar: no sois un aseeino; sois un hombre que lava con sangre un ultraje, y nada más. A vuestras espaldas está el mundo, atento á vuestra menor

acción: tenéis que responderle de vuestro honor ó sois un cobarde.

***

No ofendas nunca; peso si ofendes tienes que batirte, porque tú no tienes derecho de ofender á nadie, sea quien fuere . . .

Cuando más joven yo, y por ende, más atolondrado que hoy, en medio de mis ciclones periodisticos, no supe hacerme aquellas reflexiones, y siempre andaba poco menos que á garrotazos y á tiros en las calles. Ah! no sabe un periodista el descrédito que traen estos súbitos encuentros, estas disputas agrias, estos escándalos vergonzosos, que le ponen al nivel de un carretonero ó de un «guaparrandón» de oficio. ¿Qué moral puede, luego, proclamar ese escritor en su periódico? ¿Con que derecho, más tarde, abogará por el orden y por la austeridad sociales? . . .

Y no se me arguya que en Venezuela *no es costumbre el duelo;* que se persiguen (?) que siempre resultan rídiculos, etc. Resultan ridículos, porque *los duelistas* lo quieren así; resultan ridículos, porque ellos lo propagan para que amigos y extraños intermedien; resultan ridículos porque son *héroes* mientras les toca narrar los *preliminares* en los pasillos de los teatros, en los boulevares del Capitolio y en las mesas de los cafés; y en una palabra, resultan ridículos, porque los padrinos regularmente no saben por donde van tablas en asuntos de esta naturaleza. ¡Habrá que decir, que en Caracas no existe un buen «Código de duelo!» ¡Qué persiguen el desafío? Y no lo persiguen en Londres; y no lo persiguen en París¡ y no lo persiguen en Madrid; y no lo persiguen en la Habana? En los tiempos del Cardenal Richelieu, cuando se aplicaba al duelo penas severísimas; cuantos duelos hubo? Carlos V, ¿qué hizo con prohibirlo? ¿Qué León IV con fulminar excomuniones? «Malo es el duelo, dice un escritor moderno, como mala es la guerra, pero mientras en la humanidad subsistan la *ofensa* ó el *ultraje*, la *tiranía* ó la *usurpación*, la guerra y el duelo tomarán forma tangible con el vicio de lo sangriento, con la virtud de lo indispensabie, con la terrible urgencia de las amputaciones.»



Ah! los padrinos!... Yo no quisiera hablar de los padrinos, porque he tenido siempre la fortuna de encontrar amigos buenos y competentes; pero los padrinos es cosa importantísima. ¿Pueden todos los hombres ser representantes de usted? ¡Sin conocer el Código, sin conocer las armas, se puede ser padrino? He aquí las preguntas que deben hacerse los caballeros que se encuentran en un conflicto de duelo. ¡Pero, Dios mío, cómo se pone un hombre en manos de un neófiito, cuando en las manos de ese testigo se puede decir que está la vida! Y si por la inexperiencia del padrino matan á ese hombre, no es el padrino el culpable de un asesinato? Y ese padrino que ni por el forro conoce á Chateauvillard, ni á Colombey, ni á Du Verger de Saint Thomas, porqué se atreve á aceptar cargo de tanta responsabilidad? Dice Gil Fortoul al hablar de estas delicadas funciones: «de las grandes preocupaciones del que se ve expuesto á batirse es la de designar sus padrinos entre personas de un carácter enérgico y conciliador á la vez y *competentes*, por supuesto, en el manejo del arma escogida, y si es posible, agrega, que se haya batido en duelo. La *incompetencia* de los padrinos es amenudo la única causa de que muchos duelos tengan un desenlace funestos.»



Eusebio Yñiguez, autor del mejor Código de duelo en español, que tengo á la vista, asegura, que el duelo ha sido más que tolerado, *sancionado* por leyes escritas, y á mayor abundamiento cita como defensores del desafío al Emperador Conrado, Nicolás I, Carlo-Magno, Othon II, Francisco I, y otros.

Uno de los pretextos para no acudir al terreno ciertos hombres es: que no está tolerado el desafío, que lo castiga el Código penal. Habrá ridículos! Y el Código penal no castiga á los que se matan en una calle descargándose brutalmente los rewolvers. Otro pretexto es que el adversario sabe tirar la espada ó la pistola. ¡Yo sé de hombres que se han batido con su maestro de armas! y esto, contra todas las reglas del Código; pero lo exigía así el honor. El más triste, el más abominable, el más cobarde de los pretextos, es, el cargo que se desempeña como Ministro ó como Jefe, etc. A este respecto puedo citar el duelo del General Lachambre con el valiente periodista cubano Agustín Cervantes.

Un ministro de España renuncia la cartera y sale á batirse con un escritor..

Manuel Sanguily, el patriota sin mancha, no tuvo á menos enviar sus padrinos á un gacetillero.

Se necesita tener poca vergüenza para presentarse en un sitio público sin haber acudido al terreno á la hora que lo reclamó el honor.



Nadie está obligado á batirse con un bandido; y en este caso la libertad individual *no tiene límites:* hay motivos de recusación. Pero cuando no los hay ¿porqué no se bate usted? ¡Claro! que no se bate usted por cobarde. Siénteme mucho no estar de acuerdo en este caso con Gil Fortoul: A un hombre que *ofenda* y no se bata, se le puede declarar, por medio de un acta que firmen los padrinos del ofendido, *fuera de las leyes del honor.* Es entonces que se sabe lo que valen los padrinos . . . . . .

En la Habana, relativamente su población á las de los demás países es donde más se practica el duelo:

El de año mil ochocientos ochenta y nueve, segun datos fidedignos, se verificaron treinta duelos.

Quien cuenta mayor número de estos lances es mi joven amigo Don Francisco Varona Murias, el Rochefort cubano, como le llamó «El Resúmen» de Madrid: se ha batido nueve veces.

No es extraño, pues, que la generalidad de esta juventud, conozca al dedillo el Código de duelo, y que se practiquen tanto los asaltos en las salas de armas.



Nada más bello en verdad que un asalto. Allí está el adversario amigo con su careta y sus guantes, saludando con la hoja de su florete; el cuerpo recto, los pies en forma de triángulo.

Una señal y varía todo el cuerpo de posición; se cruzan los aceros y suena el primer *batimento* con ruido de golpe seco. Hay momentos en que no se guarda la distancia en el calor del ataque: es magnífico entonces *cerrar* ese juego; las flexibles hojas de los floretes parecen enredarse como serpientes, formando curvas,

maravillosos zig-zas, cortados frecuentemente por el primer *botonazo* ó el más hábil *golpe de tiempo*. Para ello hay que ser muy ligero, poseer rápidos movimientos de muñeca, tener la vista educada á descubrir en medio del *ligamento*, la *finta*, los *pases*, los *coupee*, etc.

Todo tirador debe guardar para los casos de inminente compromiso una ó dos combinaciones, fijas, bien practicadas y bien seguras; las que equivocadamente llaman los profanos *estocadas secretas* (?) La estocada secreta no existe; para cada ataque hay una *riposta*, y para ésta, otra; *frase interminable de la esgrima* con sus accidentes interrumpidos por cumplimientos caballerescos, porque los tiradores correctos, aún llegando á esa impaciencia en que las espadas se buscan como enemigas mortales describiendo círculos rapídisimos, sabrán siempre moderar sus ímpetus y contrariedades.

Un hombre brusco, sin educación ni ideas de ella, aprendería á ser caballero en una Sala de Armas: caballero en puridad de palabra, que no es serlo únicamente ponerse un frac y encasquetarse un *clake*.

De los «sport» el mejor, á no dudar, es la esgrima: la pistola, el florete, el sable mismo que es *más bárbaro*, si cabe, pues queda uno extenuado, sudoroso y rendido de fatiga al fín de un asalto. Un duelo al sable por ejemplo, es más azaroso que á la espada; con el primero hay que contar con el *filo*, el *contrafilo* y la *punta*. Una herida de esta arma es enconosa, ingrata; deja siempre la huella; con la espada se puede defender la vida admirablemente.

A no creer que algunas conciencias timotadas pudieran empeñarse en ver una herejía en este escrito ó una pretensión á mi buen deseo, impondríame el trabajo de detallar minuciosamente las condiciones indispensables para concertar un duelo. En cambio, recomiendo «La esgrima moderna,» por José Gil Fortoul, que trata en los capítulos VIII y IX, si no extensamente sobre la materia, lo suficiente para instruir en caso de desafío. Esta recomendación *es especial* para los periodistas y los políticos venezolanos, ya que unos y otros tan alborotadores de suyo, no están del todo versados en los artículos del Código.

Hago hincapié en el epígrafe: «Nunca tuve la pretensión de creer que sean verdades únicamente las mías.» Pero creo que pecará siempre por lamentable, el extravío que tenemos respecto del duelo: esa idea triste, esa creencia espantosa, esa repulsión inexplicable que nos inspira el desafío, aún no la he podido concebir. ¿Qué será

más edificante ó qué más ridículo: un duelo, en silencio, á las faldas del Avila, en los apartados rincones de Anauco, detrás de las colinas del Calvario, ó un escándalo en los boulevares del Capitolio, en la Plaza Bolívar, frente al Palacio Federal, exponiendo á los transeuntes á que los alcance una bala loca? . . .

Y luego no queremos que los extranjeros se maravillen de nuestros espectáculos repugnantes, cuando se apalean los jóvenes en los cafés, ó *se baten* los políticos de «alto rango,» en plena calle, amparándose con los postes de teléfonos . . . .

Habana: 1891.



VERSOS



LA ULTIMA LUZ

Cuando lo supo el infeliz artista
Dicen que se encontraba iluminando
La más rubia sortija del cabello
Sobre la blanca frente del retrato.

Ya trémulo el pincel no obedecía
Y fué torpe al perfil la mano incierta,
Se le nubló la vista . . . y al instante
Se le mojó de llanto la paleta.

No sabe cuanto tiempo estuvo immóvil
El infeliz artista, sollozando,
Allí frente á la imágen vaporosa
De la rubia de frente de alabastro.

Más luego que su orgullo se rehizo
Ante el fiero dolor que le acosaba;
Tomo el pincel, frenético, y convulso
Le dió la última luz con una lágrima.

AMOR DE MUERTOS

—

¡ Ah ! pero ¿ es cierto; la blasfemia brota
Como expansión que de la muerte salva,
«En las grandes tragedias de la vida»
Y en los terribles ímpetus del alma ?

—¿ Tú no sabías que el amor inmenso
Tiene sus tempestades y sus calmas;
Que es apacible, como el mar, si duerme,
Pero espantoso como el mar, si brama ?

«¿Amar no es renacer ?» ¿ Mentí aquel día
Cuando te dije que mi amor guardaba,
Como el volcán cubierto por la nieve,
Su plumaje de incendio en las entrañas ?

¿ Amar no es renacer ? . . . Amar la vida
Sin luchas, sin protestas, y sin ansias,
Sin tormentas que engendren cataclismos
Sin cataclismos que resulten vallas,

Es mentir el amor . . . Y amor que hiela
El corazón, la vista y la palabra,
Es un amor de anémicos y muertos,
De muertos y de anémicos del alma.

CANTANDO

—

Aquella flor de pétalos de nieve
que al soplo de mis besos se entreabría,
aquella flor, ha muerto . . . y en el mundo
no encontraré otra flor como la mía.

Me matastéis mi flor, la flor de mi alma,
¡ oh escarcha, oh tristeza, oh crudo invierno !
por eso como el Dante estoy cantando,
cantando desde el fondo del infiierno.

MIS PASIONES

—

La sangre de su sangre, cuanto tengo,
Cuanto valgo en el mundo, debo á una;
Su orgullo, su valor, su nombre honrado
La segunda me dió desde la cuna:

La tercera pasión me está diciendo
Que la dulce cadena que nos ata
Es cadena de besos y de flores
Que ni la misma muerte la desata.

Yo diera por las tres mi vida toda,
Todo sueño de gloria ambicionada:
Yo tengo mi existencia compartida
En mi MADRE, mi PATRIA y mi ADORADA.

———

MI ADORADA

—

Mi aborada es la rubia
Que unos nerviosos «pétalos» me inspira;
Por ella surgen con sus ansias todas
Los versos más dolientes de mi lira.

Amar es renacer ! Cabellos áureos,
Ojos sombreados «de esmeralda y oro»
Oh! seno tentador, oh! talle esbelto,
Oh! labios que yo imploro . . . . . .

Sois la página inmensa de mis sueños,
Página que completa,
Esfuerzos de la vida de mis cantos,
Vida de mis esfuerzos de poeta!

Estrella que engendró mis ideales,
Aurora que alumbró mi poesía,
Ella nació como la luz, del cielo:
Dios estaba en el cielo en ese día!

———

AH! . . .

À PEREZ BONALDE

Yo también como tú, bardo sombrío,
Oh ! bardo de los trágicos ensueños,
Yo también, como tú, lo que sabía,
Hoy he tenido que aprender de nuevo ;
Hoy sé lo que es dolor y lo que es odio,
Hoy sé lo que es infierno . . . . .
Hoy sé por qué hay suicidas, por qué hay locos,
Por qué se jura contra el mismo cielo ;
Por qué rabioso estranguló á Desdémona
El infeliz Otelo ! . . . . . .

Hoy del lecho salté, desesperado,
Y fuí, como tú, ansioso, hacia el espejo
Y me hallé con un hombre que tenía
El rostro de un espectro :
El rostro del cadáver de un anciano
" Con los cabellos negros" . . . . .

FLOR MARCHITA ?

" Como la flor me marchito
Lejos del sol de la patria."

X......

Es verdad que hay muchas sombras
En el fondo de tu alma,
Mucha tristeza escondida,
Y escondidas muchas lágrimas ?. . . .

Yo sé que en tí las pasiones
Sufren tormentas extrañas ;
Que el dolor te martiriza
Y que el recuerdo te mata ;

Que hay leyes que te condenan
A olvidar dichas pasadas ;
Que eres flor que te marchitas
" Lejos del sol de la patria."

Yo sé que sueles soñar ;
Que te despiertas turbada,
Sóla y triste, con las sombras
De los recuerdos del alma.

Y sé, en fin, que en esas noches
Tan solitarias y amargas,
Mi nombre envuelven tus labios
En quejumbrosas palabras.

Vuelve á tu patria querida,
Ave de las rubias alas,
Y olvidarás cuitas de hoy
Con las cuitas de mañana.

Verás como al fin germina
Otra vez la nueva planta :
¡ Un fragmento de raíz
Nada más destrozó el hacha !

Verás como el tallo enflora
Y perfuma la enramada :
En cada pétalo suelto
Hay germen que vida entraña.

Vuelve allá donde te brindan
Amplio amor azules playas :
Mira que hay flores marchitas
" Lejos del sol de la patria."

LO QUE TU QUIERAS

Tú eres el ideal que yo he soñado
En medio de mi amarga juventud ;
Completaría el Thabor con el Calvario
Si lo quisieras tú.

Tú puedes levantarme ó abatirme,
Puedes á mi cerebro darle luz :
Yo voy hasta la gloria ó hasta el crimen,
Si así lo quieres tú.

Á VENCER !

—

Tú puedes ser la roca en que se estrelle
El impetuoso oleaje. Pero en vano :
La roca cede al fin ; al fin se rompe
Y queda vencedor el oceano.

Ya tú lo sabes, pues. No te equivoques
Con mi modo de ser : soy atrevido :
Yo supero la audacia en el combate,
Cuando me siento el corazón herido.

O me dejas vencer ó larga lucha
Ha de empeñarse entre los dos, cruelmente ;
Tú por soberbia quedarás vencida
Y yo por loco venceré inconsciente.

LA MAS QUERIDA

—

Entre mis prendas todas,
la prenda más querida es mi cartera:
en ella yo he guardado
un rizo de su blonda cabellera;
un arito de plata, cincelado;
unas hojas de rosa; una friolera
que si nombro dirán que es tontería;
y una inocente carta: la primera
que besaron los labios de María!

«RAZON CONFUSA»

—

Si te suplico con amor, te engries;
Y como el niño, si te impongo, lloras:
¡Si no me amas, mujer ¿porqué me imploras?
¡Si no quieres creer ¿por qué te ríes? . . .

Demonio de mi amor y mis ideas,
Tu has sido para mí, razon confusa:
¡Si tu eres Satanás y eres mi Musa,
Maldito Satanás . . . bendito seas!

HOJAS SECAS

—

Cuando yo quiero recordar, me acerco
A mirar mi gaveta:
Allí junto al abismo tenebroso
De las memorias muertas.
Qué de recuerdos tristes, Dios eterno
A enloquecerme llegan !
¡Cuántos pétalos blancos aquel día
Y hoy cuánta hoja seca!
Por eso si me preguntan qué ruido
Hay allí en mi gaveta,
Digo sin vacilar: Pétalos rotos
Con que cubro la tumba de mi muerta.

MI MEJOR VERSO

—

Muy empeñada en fabricar estrofas
Una vez sorprendí á mi dueño amado:
Muchas brotaban de su mente locas;
Pero muchas también con verso alado.

—¿Qué escribes?—pregunté—Yo, escribo *un verso*
(Respondió con viveza y alegría)
Mi rubia llama verso . . . todo aquello
Que llamanos nosotros poesía.

Iba soltando líneas una á una,
Más súbito me dice, con inquieta
Y armoniosa voz:—Toma la pluma
Y escríbemelo tú que eres poeta.

Tomé la pluma y me quedé temblando:
No hallé la inspiración, y sin conciencia
Su mano fuí á besar, desesperado,
En medio del dolor de la impotencia,

. . . .

Después que corrió el tiempo he comprendido
Que mi verso más noble, por lo humano,
Es el verso que acaso lleva escrito
Mi adorada en el dorso de su mano.

CONSUELO

A Manuel María Bermúdez, en la muerte de su Hija

Acepta tu destino, tu Calvario;
Simboliza tu angustia en el silencio;
Grita á la faz de Dios, y no del mundo,
Amarrado á tu roca Prometeo;

Seca ese llanto que anubló tus ojos
Y sigue, luchador, trás el recuerdo
De la que fué en el mundo tu esperanza,
De la que fué en tu vida, tu Consuelo.

El eclipse de un angel! Quién se atreve
A maldecir arcanos? En tu pecho
Hay dolor, es verdad, pero resígnate
Y no la llores más que, allá, en el seno,

De otro mundo mejor vive tu muerta
Esperando el silencio de tu duelo,
Como la ofrenda que las almas grandes
Consagran, como grandes, á sus muertos.

CANTAR

Yo te dije «adios» rïendo,
Tu dijiste: «adios,» llorando:
Dices que te estás muriendo,
Pero á mí me estás matando.

Á UN PERIODISTA

Me dicen que te ultrajan por la prensa;
Que el ultraje te daña;
Que te muestras violento en la defensa
Y débil en la saña.
No pruebes tu valor á los abyectos
Haciendo d' él alarde:
¡El águila no prueba á los insectos
Si es valiente ó cobarde!

OYE . . .

Oye, María: Si muriendo de hambre
Un pobre desvalido va á tu hogar
Y te pide por Dios, por el Dios grande,
Un pedazo de pan . . .

Tú, tan buena y tan pura, á ese mendigo
Que piadosa limosna va á invocar,
Tú, en su orfandad le prestarás abrigo
Y le darás un pan;

Más, yo, que fuí con vacilante paso
La limosna á implorar, desesperado,
Por el amor de Dios.

Yo que he sido más pobre y desgraciado
Yo, que he tenido enfermo el corazón,
Yo, que tanto imploré . . . me has contestado:
—Perdone, hermano, por amor de Dios !

TODO O NADA

No se por qué me escribes cuando sabes
Que el porvenir que nuestro afán soñaba,
Se perdió en el infierno del olvido
Llevándose en pedazos nuestras almas.

Yo te amé con ardor: mi pecho amante
A la inmensa pasión sus venas amplias
Abrió, para brindarte su ardimiento,
Su fé, su convicción y su esperanza.

Después que nos ligó aquel juramento
Y para darle fín á nuestras ansias,
Yo decidí partir. ¡Cuando volviese
Cómo se iban á unir nuestras dos almas!

No te engañé, volví; te hablé gozoso
Y en medio de la dicha desbordada,
Por una sola vez creyó mi alma,
«Por una sola vez creyó en el cielo!»

Hasta la vista, adios! te dije entonces
Dueño de mi pasión, dulce adorada;
No me hacen olvidarte, no lo creas
Ni el tiempo ni el dolor, ni la distancia.

Después, no sé si se apagaba el mundo,
Pero el mar se agitó, rompió la barca
Y si vieron flotando en la corriente
Naúfragos del amor nuestras dos almas !

. . . .

Hoy no quiero saber como es el cielo,
Hoy tengo cual Luzbel rotas las alas:
Hoy quiero yo el infierno como el Dante,
El amor absoluto: ó todo ó nada!

COMO LAS HIJAS DE MI PATRIA

A . . .

Como las hijas de mi patria tienes
Trigueña la color, negros los ojos ;
Vaporosos, rizados los cabellos
Y los perfiles de los labios rojos,

Algo de los alientos tropicales
Que á tentación ó á vértigo provoca :
Tienes la luz del cielo en la mirada
Y el soplo de los prados en la boca !

Tienes para colmar las ambiciones,
En el cuello gentil vapor de aroma ;
Como el mar ondulante la cintura
Y en las frases arrullos de paloma.

Ya te lo dije Palma, aquel poeta
Que en repartir sonoridad se ufana :
Has tenido " la dicha de ser bella"
Y la dicha "de ser camagüeyana."

Perdiendo el Paraíso Adán le daba
A Eva la gentil hermosa prueba ;
Y yo sin ser Adán, cien paraísos
Los perdiera por tí, siendo tú Eva ! . . . . .

Perdón si he delinquido : yo quería
Para cantarte á tí raudal de ideas :
Ya que no puedo más, antes que firme
Permíteme exclamar : ¡ Bendita seas !

Y NO SE MUEREN

—

No vengáis á turbar con vuestro ruido
Las tumbas de los viejos cementerios :
Dejad á los dormidos de las tumbas ;
¡ Venturosos dormidos son los muertos !

Llorad por los demás ; por los que viven ;
Cadáveres que erguidos se mantienen,
Son los que ansiosos van tras de la vida
Muriéndose de amor. . . . y no se mueren !





INDICE

A manera de prólogo III
Una explicación necesaria IV
El gran teatro Tacón 1
La Guitarra 4
Salvador Díaz Mirón 6
El día siguiente 13
La Carmencita 17
El histérico 19
Elisa Zangheri 22
Tormentas en un entresuelo 25
El encuentro 28
Bendita tierra! 31
Carta política 34
El pálido 32
Ideas de un experimentado 42
El gran Voltaire 45
La zarzuela 48
La pluma 53
La risotada 55
La última conquista 58
De postres 61
Los desafíos 65
Por qué se escriben algunos versos 74
VERSOS 77
La última luz 79
Amor de muertos 80
Cantando 80
Mis pasiones 81
Mi adorada 81

Ah! 82
Flor marchita? 82
Lo que tu quieras 82
A vencer! 84
La más querida 84
«Razon confusa» 84
Hojas secas 85
Mi mejor verso 85
Consuelo 86
Cantar 86
A un periodista 86
Oye 87
Todo ó nada 88
Como las hijas de mi patria 88
Y no se mueren 89



FE DE ERRATAS

LA GUITARRA	Página 5ª—tercer párrafo—donde dice : *fanfarría*, debe leerse : *fanfarria.*
" id.	Página 5ª—tercer párrafo—donde dice : *el de españoles*, debe leerse : *el de los españoles.*
" id.	Página 5ª—tercer párrafo—donde dice : *oigo registran*, debe leerse : *oigo registrar.*
DIAZ MIRON	Página 7ª—quinta estrofa—donde dice : *astro encendido*, debe leerse: *estro encendido.*
EL DÍA SIGUIENTE	Página 15—penúltimo párrafo—donde dice : *su ruido de suspiros*, debe leerse : *sus raudales de suspiros.*
LA CARMENCITA	Página 16—primer párrafo—donde dice: *absinrthe* debe leerse : *absinthe* ; y en el mismo párrafo donde dice : *yankes*, debe leerse : *yankees.*
" id.	Página 17—segundo párrafo—donde dice : *enmarañen*, debe leerse : *enmarañe* ; y en el mismo párrafo, donde dice : *pantorrilliá*, debe leerse : *pantorrilla.*
EL HISTÉRICO	Página 19—primer párrafo—donde dice : *precipitamente*, debe leerse : *precipitadamente.*
EL ENCUENTRO	Página 28—primer párrafo,—donde dice: *explosiones de alegría que brotaban*, debe leerse : *explosión de la alegría, que brotaba.*

CARTA POLITICA	Página 34—primer párrafo,—donde dice: *las semejanzas*, debe leerse: *estas semejanzas.*
LA RISOTADA	Página 56—segundo párrafo,—donde dice: *insomio*, debe leerse: *insomnio.*
LOS DESAFIOS	Página 66—tercer párrafo—donde dice: *empujado*, debe leerse: *arrastrado.*
,, ,,	Página 68—último párrafo—donde dice: *aseeino*, debe leerse: *asesino.*
,, ,,	Página 71—sexto párrafo—donde dice: *El de año mil*, debe leerse: *El año de mil.*
,, ,,	Página 72—al fin del primer párrafo—donde dice: *cupee*, debe leerse. *coupe.*







OBRAS PUBLICADAS

DEL MISMO AUTOR

Ecos de la Lucha . . . . Poesías
Edmeda . . . . Monólogo
Expiador . . . . id
A tal culpa tal castigo . . . . Drama

EN PREPARACION

Historial de la Oposición en Venezuela, desde el año de 1885, con datos, notas, retratos y particulares hasta hoy ignorados.



